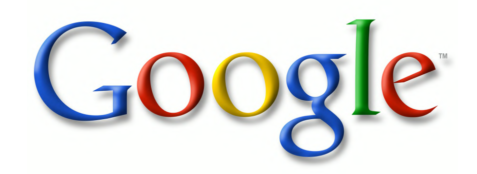
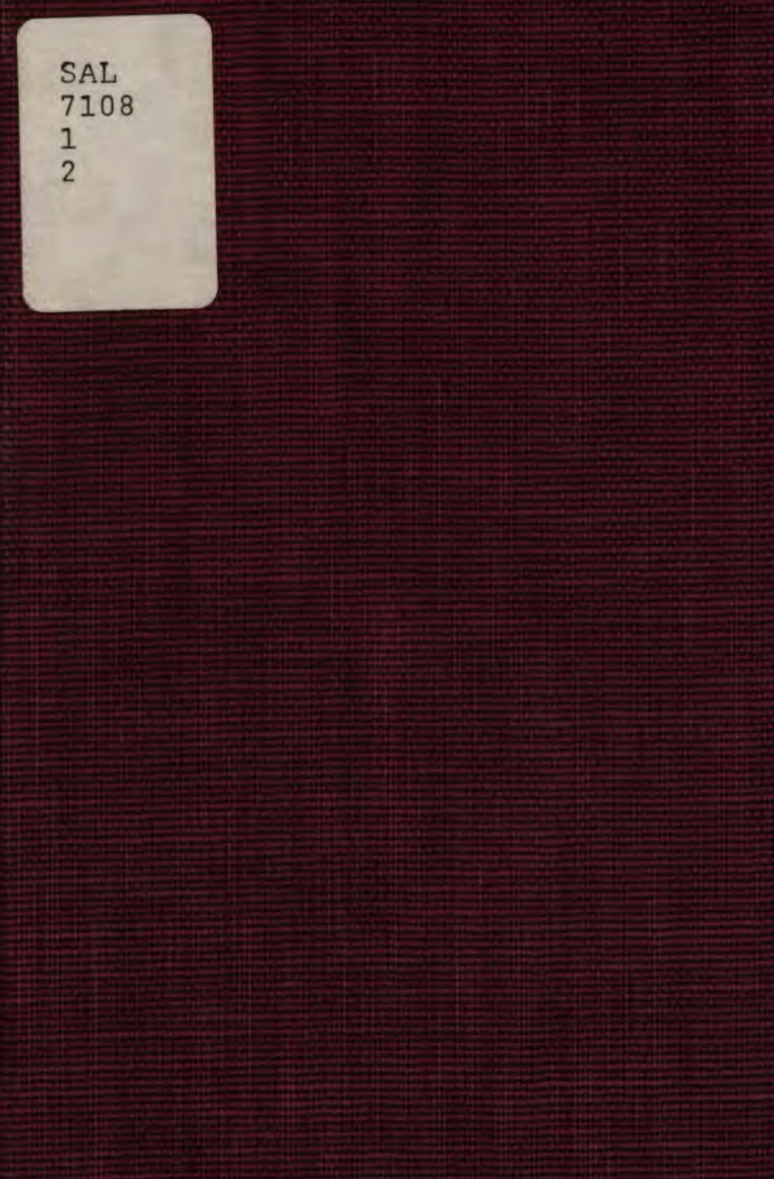



SAL
7108
1
2


EX LIBRIS
LUIS MONTT



POESIAS

PATRIÓTICAS Y RELIGIOSAS

ERRATA.

En la página 59, en lugar del verso 13, que dice :

Con la triunfante vencedora espada

léase :

Con la triunfante salvadora espada.

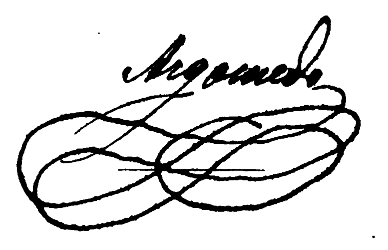
Imprenta de P. BOURDIER, calle Mazarine, 30.

POESIAS

PATRIÓTICAS Y RELIGIOSAS

DE

CLEMENTE ALTHAUS



PARIS

A. LAPLACE, EDITOR

CALLE DEL SENA, 36

—

1862

A COLON

Descubridor de un mundo y adivino,
¡Quién á mi pobre lira cuerdas nuevas
Añadiera, ó del lírico de Tébas
Diera á mis manos el laud divino,
O de aquel por quien osa
La palma á Tébas disputar Venosa,
Para poder con arte
Digno de tu grandeza celebrarte!
Que á igualarla tan solo alcanzaria
De aquel divino par el alto metro
A quien corona y cetro
Dió del lírico canto Poesía:
Mas, aunque remontarse no presumen
De tu grandeza al tan remoto cielo
Las cortas alas de mi infante númen,
En entusiasmo tanto,
Y sed de celebrarte y vivo anhelo
Tu rara excelsitud mi pecho inflama,

Que me fuerza á juntar mi humilde canto
Con el sonoro aplauso de tu fama.

Yo que hijo soi del mundo descubierto
Por tu divino acierto,
Yo que nunca sin tí de la honda nada
Salido hubiera de la vida al puerto,
Mi agradecida voz es bien que añada
A tan glorioso unánime concierto.
Mi amor mi audacia escusa;
No la ofrenda desdeñes de mi musa,
Ni su débil ensayo,
Que si, siempre mas diestro,
Cuanto sus vuelos mas repite y usa,
Rival del ave que ministra el rayo,
A mas altura se remonta el estro,
Juntando al fin un dia
La fuerza y la destreza á la osadía,
Podrá mi ingenio acaso
Ménos indigno canto dedicarte,
Y dilatar así por toda parte,
No tu nombre á que el mundo es todo escaso,
Sino el de tu cantor, hoi en olvido
Y oscuridad ingrata sumerjido.

Mas [illegible] ingenio humilde mio

El que, igualando tan sublime tema,
Entre los hijos de Caliope y Clio
Logre la palma merecer suprema,
A mas dichoso vate reservada
Que á tí consagre el épico poema
Que ha de vencer á la divina Iliada.

¿Quién, entre los varones inmortales
Que, desde que jirando está la rueda
De los veloces siglos, nunca queda,
Celebran de la tierra los anales,
Hai que tantas y tales
Glorias en sí reuna,
Que competir contigo osado pueda,
Oh solo á quien no falta gloria alguna?
Que Dios en tí, de su creacion contento,
Juntó adivinador entendimiento,
Constancia vencedora de fortuna,
Valor de que se espanta el valor mismo
Y que halla en el peligro su elemento,
Irresistible májica elocuencia,
Fé de santo y piedad, de rei clemencia...
Mas ¿dónde sin consejo así me abismo?
Ni quién sintió jamas vanos antojos
De contarle á la mar toda su arena,
O todos sus hermosos claros ojos

A la noche de estío mas serena?
Pues no los soberanos
Dones que te dió el cielo fueran ménos,
Que humedece la mar mínimos granos
O que abre estiva noche ojos serenos.
Y, si en mil y mil héroes te divides,
Uno grande en constancia, en mente vasta
Otro, en empresas éste, aquél en lides,
Cada cual de ellos basta
A ser de los mas claros y mayores
Que cantan de la fama los loores;
¿Qué Teseo ante tí? ¿qué ante tí Alcides?
¿O el que, en busca del aureo vellocino,
Por peligrosos campos de Neptuno
Nunca sulcados ántes de otro alguno,
Mas avaro que audaz, se abrió camino?
¿Qué en fin cuantos endiosa
Remota antigüedad y mentirosa?
Esceden tus hazañas verdaderas
Sus mentidas fantásticas hazañas,
Que, ni con sus extrañas
Ficciones lisonjeras,
Pudo jamas la fábula ingeniosa
Ser una profecía
De lo que en tí la tierra admiraria.
Y, como en lo pasado

Buscar es vano á tu virtud modelo,
Ni hasta hoi en héroe alguno tu traslado,
Desde que fuiste, ha contemplado el suelo,
Vaticinar no tema
Mi profético canto que no guarda
El anchuroso oscuro
Seno de lo futuro,
Ni la posteridad verá mas tarda
Quien tanto con sus méritos se engria,
Que la antigua absoluta primacia
Ose jamas demente disputarte,
Y á tí no sea lo que al todo parte.

A la capacidad viniendo estrecho
De tu ambicioso pecho
El mundo conocido hasta tus dias:
« ¿Será que del terrestre
Planeta, así dirias,
De los humanos natural morada,
Tan solo el oceano inhabitable,
Sin que isla alguna en él la frente muestre,
La contraria mitad entera invada?
Nó, ser no puede; sueña
Quien la tierra imajina tan pequeña
Cual su breve traslado nos la copia.
Inmenso misterioso continente

Guarda la mar de Atlante prisionero,
Y su ser que de léjos ve mi mente,
Con mi presencia, con mi vista propia,
De cerca osado confirmar espero:
De la suerte la envidia no lo estorbe,
Y seré yo el primero
Que dé la vuelta, como el sol, al orbe,
Salvando las fantásticas señales
Que de océano incógnito el misterio
Y la ruin poquedad de los mortales
A la tierra pusieron abreviada,
Contrapuesto hemisferio
Apartado dejando en cautiverio,
Y sumerjido en una nueva nada.»

Tu república patria preferida,
Venecia rica y en el mar potente,
Y lusitano, anglo y frances monarcas,
De quienes quiso coronar la frente
Tu mano ó liberal ó agradecida
Con el laurel de innúmeras comarcas,
Desecharon tu espléndido presente;
Y de su torpe escarnio fiel al uso
Que á cada audaz sublime
Hallador de lo nuevo siempre opuso,
Sin que al predestinado desanime,

Nombre el mundo te dió de ciego iluso.
¡Cuánta entónces tu angustia considero
Con el recelo fiero
De no encontrar acaso
Quien el socorro te prestara escaso,
Y de que hundiera la profunda huesa
Junto contigo tu divina empresa!

Mas de tanto contraste
Que te opuso la saña
De la suerte, envidiosa de tu hazaña,
Nunca vencer tu corazon dejaste,
Y al fin á la dichosa
Presencia de magnánima princesa,
Que levantarse á comprenderte pudo,
Te guió la amistad; fé generosa
Dió á tu extraña magnífica promesa,
Y, uniendo en fuerte nudo
Su gloria con la tuya,
Nunca será que el tiempo la destruya.

Y á vista de la turba que, asombrada
De tan nueva jornada,
Las vastas playas llena,
A romper de los mares el arcano
Al fin de Iberia sales :

¡ De cuánta heróica escena
No fué entónces testigo el oceano!
¡ Jamas las presenció la tierra iguales!
¿ Con qué ánimo lograste tan sereno
Poner rápido freno
Al espantable injusto
Motin de la feroz marinería
Que, poseida de un extraño susto,
Y juntamente de sangrienta saña,
Con voces de amenaza te pedia
La rauda prora convertir á España?
¿ Rayos brotaba tu semblante augusto?
¿ Algun númen hablaba por tu boca,
Que así domaste el corazon de roca
De aquel bando en tu muerte conjurado?
Cuando al Señor enviabas solitaria
Fervorosa plegaria,
¿ Los soberanos cielos
Dejaba por tu lado
Alado mensajero de Dios pio,
Para traerte fuerzas y consuelos?
Al mirar siempre en torno cielo y onda,
Y que era siempre el centro tu navio
De la ancha mar redonda,
Cual si nunca jamas el centro frio,
Segun lo recelaba tu cuadrilla,

Hubiese de ofrecer á tu carrera
El dulce fin, apetecido en vano,
La lisonjera fabulosa orilla,
Como si nunca de acabar hubiera,
O solamente donde el orbe acaba
Aquel trémulo llano,
¿Cómo, díme, oh Colon, no te arredraba
Tanto peligro, tanto horror que á tantas
Almas amedrentaba, aunque españolas,
Y por do apénas aun la misma Musa
Osa seguirte con pavor confusa?
Viendo que tan seguro te adelantas
Por medio aquellas misteriosas olas,
¿Quién no dirá, postrándose á tus plantas,
Que privilejio celestial consiente
A tus pupilas solas
América remota estar patente?
¿O que no es para tí ya extraña y nueva
Y que por vez primera no te lleva
A su apartada playa
Tu presurosa nave,
Que la ancha senda que sulcó ya sabe,
Y va segura hácia do el sol desmaya?

¿Mas no temes que sea
Hija de engaño tu atrevida idea?

¿Ni un instante la duda
Asalta la constancia que te escuda?
Piensa en el justo escarnio que te espera,
En la hispana ribera,
Si no es tu extraño pensamiento cierto,
Dado que al fin á puerto
Tu nave frájil á llegar acierte,
Y huyas la horrenda misteriosa muerte
Que guarda á ser terreno
Del oceano el extranjero seno.
Mas mis voces desoyes, y adelante
Tu leve carabela,
Que á tu impaciencia perezosa vuela,
Dirijes impertérrito y constante.

Y, aunque en tan nuevo viaje y peligroso
Sido hubiera tu guia
Ciego error de tu ilusa fantasía,
Y aunque hasta aquel instante
De América jigante
Desierto hubiera estado el oceano,
Porque tanto valor no fuese vano
Y constancia tan rara,
El brazo omnipotente
Por tí solo creara
El mundo que llevabas en tu mente.

Llegó por fin la suspirada hora;
Y, al clarear de la rosada aurora
Los primeros albores,
A tu absorta mirada,
Vestida de espesísimos verdores,
Se presentó la tierra deseada,
Que la noche sombria
Oculta entre sus velos mantenia,
Y no alterada aun por los humanos,
Antigua añosa infante,
El primero enseñó bello semblante
Con que salió de las divinas manos.

Como Dios en el dia del reposo,
El infante universo contemplando,
Que tan vario y hermoso
Dejaba el centro oscuro de la nada
Obediente á su acento poderoso,
Se recreaba en el secreto seno
De su inmensa grandeza bienhadada;
Tál de gozo inefable tu profundo
Pecho sentiste lleno,
Al contemplar desde tu nave el mundo
Del cual tú fuiste creador segundo.

¡ De qué súbito asombro y maravilla

No se llenó el antiguo, á tu dichoso
No esperado regreso!
¡ De qué orgullo Castilla
Que tu promesa, para el hombre insana,
Cumplida así palpaba con exceso
Y á quien de un mundo hiciste soberana!
Sus mil sonantes bronces,
En celebrar tan único suceso,
Con labio ansioso, en otros hechos mudo,
Cansó la pregonera Fama entónces,
La Fama que por tí dilatar pudo
En ámbito mayor tu excelso nombre,
Sin que á tu nombre aun baste,
Digno de mas, el mundo que doblaste.

Y, así como en los bárbaros rigores
De fortuna siniestra
Lucieron tu constancia y sufrimiento,
En medio de la dicha y los honores,
Diste de tu templanza heróica muestra;
Que de la suerte al inconstante viento
Las grandes almas, de la tuya hermanas,
No obedecen livianas,
Y de la vida en todas las fortunas
Y vaivenes son unas;
De escollo empinadísimo al estilo

Que las ondas, ya mansas, ya furiosas,
Encuentran siempre inmóvil y tranquilo
Y á sus mudanzas mil indiferente;
Así en el mar inmenso de las cosas,
Ya en calma esté y sereno,
O ya la tempestad turbe su seno,
Ellas iguales son constantemente,
Pues triple acero el corazon les viste,
Y con igual semblante
Las mudanzas sin fin del universo
Presencian; tal tú el mismo siempre fuiste,
Superior igualmente
Al próspero destino y al adverso.

Mas no tardaron los veloces años
En darte sus usados desengaños,
Y en olvidar los hombres tus inmensas
Portentosas hazañas y altos hechos,
E increibles servicios celestiales
Que no igualaran nunca recompensas;
Malvados, viles, envidiosos pechos,
Hombres no, pero monstruos infernales,
Baldon de España y mengua,
Cuyos nombres omite el labio mio,
Por que no manchen, al pasar, mi lengua,
En tu propia comarca y señorio

Tus venerables manos con esposas
Ataron afrentosas,
Y te hundieron en negra cárcel triste:
¡Ay Dios! ¡quién lo creyera! ¡oh crüel hado!
¡Inaudita maldad! ¿cómo pudiste,
Justo cielo sagrado,
Consentir tan horrenda alevosía?
¿Cómo alumbrarla tú, dador del dia?
¡Y no ya en triunfo, cual la vez primera,
Que eterno para tí durar debiera,
Sino cual malhechor aherrojado
Llegar á su ribera
Te vió la ingrata indiferente Europa!

¡Cuál tu vivir fué entónces lastimero!
¡Cuán cruda y largamente
De la amargura la colmada copa
Apuraste paciente,
Hasta que el mudo acero
Cortó de Atropos tu vital estambre!
Y ¡oh del siglo baldon no encarecido!
Jimió tu santa ancianidad sujeta
A las congojas de miseria y hambre;
Y el mas rico varon que el tiempo vido,
De quien era el caudal medio planeta,
Murió en tanta pobreza y desamparo

Que casi se igualó con el mendigo,
De la tierra desecho,
Con quien hado enemigo
Fué hasta en la muerte avaro
De la veste postrera y postrer lecho!

Sí, que en la baja esfera
Do nos destierra el cielo soberano,
Es la desdicha fiera
Calidad de grandeza verdadera:
Nada turbe tu paz, oh Dios humano,
Que si tu mortal vida
Fué por tantas desgracias aflijida,
Los rios volverán á su alto oríjen,
Cubrirá el mar del hombre la morada,
Del sol en torno sus antiguas vueltas
Suspenderá la tierra, y todas sueltas
De las eternas leyes que las rijen
Y armoniosa danza concertada,
Las altas ruedas, entre sí revueltas,
Chocarán como naos
En mar alborotada,
Y tornará la creacion al caos,
Antes que la memoria jamas muera
Del varon sin segundo
Que acabar pudo la mayor hazaña

Que ha visto la pasada ó ver espera
La edad advenidera,
Sin cuyo númen y constancia extraña
Aun estuviera despojado el mundo
De su mas bello, espléndido, fecundo,
Y rico y vasto continente, solo
A quien, cual ancha faja, la cintura
Ciñe la zona ardiente,
Y es un polo corona de su frente
Y estrado de su planta el otro polo.

Y, si suyo tambien no fué tu nombre,
Y así agraviarte quiso hado tirano,
Que á otro, sin merecerlo, concedióle,
Ve su perverso intento salir vano,
Pues ¿ quién hai que con ira no se asombre
Clamando : « El mas injusto ciego olvido
Y culpa de los hados y aun del hombre
Es que el alto lugar inmerecido
Usurpe en el moderno continente
Al divino apellido
De su descubridor, nombre que miente » ?
Y así tu nombre brilla en él ausente
Con doble resplandor esclarecido.

Él, y la tierra antigua,

De tí el uno hijo y madre la otra ufana,
Celebran á la par tu excelsa gloria,
Y el comun oceano la atestigua;
Tú eres el lazo fuerte
Que para siempre á entrambos mundos una;
Y, hasta el postrero dia,
Ambos es bien que adoren tu memoria
Y no cesen su culto de ofrecerte
En gloriosa porfía;
Ni haya nacion alguna
De esta gran patria nuestra,
O de aquel mundo do tuviste cuna,
Que el ejemplo no siga de la mia,
Que ya su amor y gratitud te muestra,
Y su sagrada deuda paga en parte,
Encomendando al arte
De la Italia maestra
Bella estatua que pueda levantarte:
Y yo tambien levanto
En tu alabanza este inflamado canto,
Que aquí colocar quiero,
De mis cantos patrióticos primero.

1856.

AL PERÚ

¿De qué preciado don contigo escasa
Naturaleza fué, patria querida?
En tu almo seno atesoró sin tasa
Cuanto dichosa puede hacer la vida.

Suelo te dió fecundo á quien se debe
La corona entre todos y el imperio,
En variedad de climas mundo breve,
Do sus frutos juntó cada hemisferio.

Como en la feliz tierra que el Eterno
Prometió á su escojida gente hebrea,
Derrama en tí su inagotable cuerno
Sin cesar la magnífica Amaltea.

En vegas rica y en campiñas eres,
Que, nunca de rendirte satisfechas
Preciosos dones de Pomona y Céres,
Ven alcanzarse eternas las cosechas.

Y, aunque no fueras tal cual te pregono,
¿Islas no gozas del fecundo bien
Con que convierte el ávido colono
Desnudo erial en abundoso Eden?

A sus puertos ufana considera
En cuán crecido cuento sin cesar,
Entran y salen de la tierra entera
Los voladores carros de la mar.

Cuánto eres en los dos metales rica
Que mas codicia humana sed ardiente,
Contino donde quiera lo publica
La Fama en popular frase frecuente.

¿Qué suelo fué por rico tan nombrado
Que pudiera contigo competir?
En tí halló la Codicia su Eldorado,
Tú hiciste cierto el fabuloso Ofir.

Templos de plata fabricados y oro,
Dignas moradas de tu dios el sol
Y de la luna y reluciente coro,
En tí encontró el atónito Español.

Tú el portentoso, ¿diré mar ó rio?

Que no cansan mil leguas y otras mil,
Y espera y llama al comercial navio,
Partes con el vastísimo Brasil.

Y tu tan anchurosa austral laguna,
Que de la prole célica solar
Fué la sagrada misteriosa cuna,
¿Tambien no es otro y prisionero mar?

De América la grande y portentosa
En tí mayores son las maravillas;
Del sol enamorado eres esposa,
Y, como él en la altura, en tierra brillas.

¿Qué torpe incuria sepultó en olvido,
Porque de atesorarlas tú no cesas,
Las que gozaba el Inca enriquecido
Minas mil de esmeraldas y turquesas?

De la naturaleza son contigo
Rivales los tres reinos en largueza,
Y en tu seno feliz tienen abrigo
Las variedades todas de riqueza.

¿A tus hijos el cielo no reparte

Ingenio vario que abrazar podria
Con las risueñas fábulas del Arte
Las severas verdades de Sofia?

Pues, oh patria adorada, si del cielo
Tanto el favor te prodigó, dí, ¿cómo,
Por verte tan postrada me desvelo?
¿Quién planta te hace de pesado plomo

Del progreso mover por el camino?
La Discordia; ella sola no consiente
Que seas lo que ser es tu destino:
La reina del moderno continente.

1856.

DESPEDIDA DE UN INDIO

AL PARTIR A LA GUERRA CIVIL.

Adios, madre, adios, esposa,
Hijos de mi vida, adios;

¿Os volveré á ver? Lo sabe
Tan solamente el Señor;
Si las balas me perdonan,
Tal vez las espadas no:
Rogad vosotros en tanto
Por vuestro pariente á Dios,
Por que en estado de gracia
Me halle el plomo matador,
Si ya Dios vuestro abandono
Y mi muerte decretó;
El corazon se me arranca,
Y sin vida y alma estoi,
No por mí, mas por vosotros,
Prendas de mi corazon.
¡Mal haya la odiosa leva
Que, al blanco ilustre color
Respetando, daña solo
A quienes de negro el sol
La tez africana pinta
O á quien lampiña, cual yo,
La faz y amarilla muestra,
Desgraciada sucesion
De la gran gente que un dia
Estas tierras señoreó!
¡A mis hogares me arranca
Ella con violencia atroz,

Y por homicidas armas,
Que jamas mi mano usó,
Me hace trocar el arado
Y la pacífica hoz!

Oh, vos, Señor, que mirando
Estais mi inmenso dolor,
Vos que de los desvalidos
Tierno comun padre sois,
Vele de lo alto del cielo
Vuestra dulce compasion
Sobre las prendas amadas
Cuyo único amparo soi
Y á quienes pan y sustento
Faltará, Señor, sin vos.

Si de la patria en defensa,
Contra extrangera Nacion,
A combatir nos llevaran,
¡ Cuán gozoso fuera yo!
Nada me arredrara entónces
Morir; celeste favor
Antes juzgara mil vidas
Poder á la fatal hoz
Rendir de la Muerte fiera:
Con regocijo mayor

Fuera entónces á la guerra
Que á esperada fiesta voi,
E impaciente volaria
De tan alta gloria en pos:
Centuplicado sintiera
Yo mi nativo valor,
Y de él ejemplo seria
Preclaro á mi batallon,
Alentándolos á todos
Con la accion y con la voz.
¡ Ah ! ¡ feliz, feliz mil veces
El soldado que peleó,
Bajo el mando de Bolívar,
Contra ejército español !
Entónces sí que se daba
Empleo digno al valor;
Pero solo contra hermanos
A pelear vamos hoi,
Y Peruanos con Peruanos,
Sin sospechar la ocasion,
Que nos matemos es fuerza
En bárbara lid feroz.
Mas ¿ como sentir podré
Ciego bélico furor,
Si sé que en cada contrario
La muerte á un hermano doy ?

De nuestros jefes burlemos
La codicia y ambicion,
En abrazos las heridas
Convierta el fraterno amor;
Y, si pelear tanto ansían,
Solos peleen los dos.
No da, no, en contiendas tales
El triunfo satisfaccion,
Y tanto como al vencido
Llorar cumple al vencedor,
Porque fué la comun patria
Quien siempre las lamentó!
Y entretanto al extranjero,
A quien la fama veloz
Va á contar nuestras discordias,
De regocijo le son,
Si piensa que nuestras fuerzas
Tesoros, gente, valor
Estarán exhaustos, cuando
Le dé la suerte ocasion
De invadir la moribunda
Antigua tierra del Sol.

1857.

A MI PATRIA

CUANDO ME DISPONIA Á PARTIR Á ELLA EN 1860.

Ya se acerca el instante bienhadado
De volver, dulce patria, á tu ribera,
Que, ha un lustro, á mi profunda
Constante pena siglo dilatado,
Mi planta abandonó por vez segunda;
¡Piadoso el cielo quiera
Que sea de mi vida la postrera!
Que, aunque de tí destierro no me aparte,
Y solo me movieran á dejarte
Por el suelo europeo,
Vivo antiguo deseo
Que de ver sus portentos afamados
Hoi á tus hijos jóvenes inquieta,
Y la esperanza, ya desvanecida,
De que aires nuevos y mas hábil arte
Dieran remedio al mal que de la vida
Me hirió crudo en la fuente mas secreta,
Sin cesar empleado en recordarte,

De la ausencia el tormento
Al par de triste desterrado siento;
Y es el cielo testigo
Que solo aplaca la tristeza mia
El platicar de tí con dulce amigo,
Hijo tuyo tambien y de la propia
Congoja enfermo de que peno y lloro,
Y verte al ménos en la breve copia
Del universo, oh patria, retratada,
Y desde el suelo donde triste moro,
Viajar con la prestísima mirada
Hasta tu playa amada,
Que tanto ¡ai cielo! dista,
Y á donde á Dios pluguiera
Transportarme en brevísimo momento,
Salvando la distancia verdadera,
Cual la que pinta el mapa anda la vista,
O cual recorre aquélla el pensamiento!

Y todo es ocasion de que á mi mente
En todos los instantes,
Oh patria, tu memoria se presente;
Si tranquilo y feliz un pueblo miro,
Pensando en tus discordias incesantes,
Exhala el corazon hondo suspiro,
Y ardiente llanto empaña mis mejillas;

Si artísticas nombradas maravillas
Admirado contemplo,
Trasladarlas quisiera á tus orillas;
Si de virtud y patriotismo ejemplo
Leo ó escucho celebrar preclaro,
Le envidio para tí; y heróica hazaña,
Hecho sublime y raro,
Cuanto grande por fin, noble y hermoso
Admira en gente extraña,
Lo anhela para tí tu hijo amoroso.

Mas no por lo que en tí de ménos echo,
Y que darte querria,
Tan solamente me enternece el pecho
Tu memoria dulcísima, que al dia,
Mil tambien y mil veces,
Por los dones que encierras te me ofreces.
¡Cuánto, oh mi Lima, anhelo
Ver de nuevo tu puro alegre cielo!
¡Cuánto echa el alma ménos tus iguales
Serenos dias, y tus noches bellas,
De tus dias rivales,
Donde todo el ejército de estrellas
En su llanura azul el cielo aduna,
Y la luz de la luna,
No en lo claro, en lo suave solamente,

Es de la luz dïurna diferente!
¡Cuánto extraño tu blanda primavera,
Que eterna persevera,
Siendo en tí el año todo alegre Mayo;
Tu ambiente puro, eternamente ageno
De la lluvia, del trueno,
Y del rojo relámpago y del rayo;
Tus celestiales hijas, que la fama
En elegante aliño,
Y en gracia y en beldad únicas llama;
De tu tan hospital gente y humana
El genïal agrado y el cariño,
Que el extranjero al natural hermana;
Tus familiares frases espresivas,
Donde nueva mayor dulzura toma
De Iberia el dulce idioma,
Y su gracia y viveza más avivas;
Tus casas, templos, calles y paseos
Que niño hollé con leve tierna planta,
Tus cantos populares
Que la memoria sin cesar me canta,
Y hasta tus dulces frutas y manjares!
Ni hai en tí, patria amada, cosa alguna
De las que solo precia quien te pierde,
Con que ausencia no me hagas importuna,
Y de que con deseo no me acuerde.

Nunca amarte juzgué con tanto exceso
Como hora que de tí distante vivo;
Cual la preciosa libertad mas ama
El mísero cautivo,
En honda cárcel tenebrosa preso,
Así hora crece de mi amor la llama;
¡Cómo, cuando á tu seno dé la vuelta,
Ha de preciar el alma su ventura,
De la familia la sin par dulzura
Saborëando, y goces mil que encierra
En sí la propia tierra!
¡Como, feliz viajero
De quien tu viaje ser debió el primero,
Visitaré una á una
Tus hermosas ciudades! la ingeniosa
Ciudad valiente, de mi madre cuna,
Que del ardiente Misti al pié reposa;
Y Tacna la industriosa;
Cuzco, que del primer glorioso brillo
Despojó el hado aleve,
Y la noble Trujillo,
De Lima hermosa fiel remedo breve;
Y Junin y Ayacucho,
Cuyos gloriosos nombres nunca escucho,
Ni escuchar puede libre Americano,
Sin que me lata el corazon ufano,

Y al cielo gracias rinda el labio ardiente
De haber nacido en suelo independiente.
Mas ¿qué digo? no habrá mezquina aldea
Que con ojos no vea
Del que nacido fué en su dulce seno,
Ni habrá pedazo en fin de tu terreno
Que hermoso y santo para mí no sea.
¡Qué gozos tan sublimes me destinas,
Cuando del Inca imperio
Huelle las tristes majestuosas ruinas,
Y ésas cuyo remoto oríjen vela,
En confuso misterio,
Que en vano se desvela
Por penetrar el sabio encanecido,
La antiquísima noche del olvido!
O al recorrer, clavando aguda espuela
De generoso bruto en los hijares,
Tus inmensas llanuras y praderas;
Al penetrar tus selvas seculares,
Donde no entra jamas el sol sereno;
Al trepar tus Andinas Cordilleras,
De los cielos altísimos pilares;
Al ver el breve mar que en tu ancho seno
Encierras y aprisionas,
Y al detener mi planta en las riberas
De tu caudalosísimo Amazonas,

De los rios del orbe soberano,
Y orgulloso rival del Oceano!
Y ¡ cuánto escenas tales,
A la ambicion de mi deseo iguales,
Inflamarán mi osada fantasía,
Que, de lo grande ansiosa y de lo nuevo,
En tu naturaleza, de ninguno
Cantada todavía,
Que las mayores maravillas muestra
De la criadora diestra,
Nuevo mundo de rica poesía
Conquistará, y laureles
Que á tus plantas pondrán mis manos fieles!

Y una vana ilusion tal vez me engaña;
Mas espero que el sano
Ambiente henchido de pureza y vida,
De perüano valle ó de montaña
Al fin me torne la salud perdida,
Aquí buscada con afan tan vano;
Y mayor esperanza aun me halaga:
Que la antigua ilusion de inmensa y vaga
Ventura que persigo,
De tí, encarnada, viva,
En divina mujer casta reciba,
Y en ella encuentre la anhelada calma

Y contra males de la suerte abrigo;
Mereciéndote, oh patria, juntamente
El cuerpo su salud, su dicha el alma.
¡ Loco de mí que con ansioso paso
En pos de la ventura vanamente,
De la Aurora al Ocaso,
Del Septentrion al Sur corrí impaciente,
Cuando en mi patria me aguardaba acaso!
Pues, si á un hijo, tú, oh madre, se la niegas,
¿ Qué otra alguna morada
Darme pudiera la ventura ansiada?

Mas ya me la concedas, y el sosiego,
Ya de ella seas con mi anhelo avara,
Ya en fin, desnuda de ella,
Dársela en vano quieras á mi ruego,
Eternamente habrás de serme cara,
Sin atreverse nunca la querella
A tí de mi dolor; feliz el hado
Me des ó desgraciado,
De espinas me corones ó de flores,
Tú serás el mayor de mis amores;
Y, hasta el postrer suspiro de la muerte,
Corazon, alma, vida y pensamiento,
Y de mi lira el ardoroso acento,
No he de cesar un punto de ofrecerte;

Y, si mi alma amorosa
Correspondencia no halla á su deseo,
Y sus goces me niega el himeneo,
Tú mi dama serás y tú mi esposa.

Ni, por verte tan triste y desgraciada,
De la discordia y ambicion teatro,
Ménos, oh dulce patria, te idolatro;
Antes crece mi amor piedad sagrada;
Ni, aunque ahora tanto en esplendor te venza,
Pienses que la europea
Tierra, que te desdeña en su ufanía,
De ser tu hijo me causó vergüenza;
Que ni á la hermosa celestial idea
Correspondió del alta fantasía,
Que pedazo del cielo la finjia;
Antes, si con aquella se compara,
De sus bellezas todas se desnuda,
Y el alma aflije con la triste duda
Si es el suelo que tanto ver ansiara;
Mas, aun cuando excediera
Las esperanzas mias,
Y Eden segundo y mejorado fuera,
Nunca jamas de tí me avergonzara,
Ni jamas dejarias
De ser en mis afectos la primera;

Y, si á nacer tornara yo, y del cielo
La soberana lei á mi albedrio
Elejir consintiera patrio suelo,
Mas suelo no elijiera que el ya mio,
Aunque en tan triste estado
Hoi le tiene sumido crüel hado.

Mas ¿quién nos dice, oh patria, que mañana
Rayos no dés de gloria soberana?
Si es de la vana Europa lo presente,
Es tuyo lo futuro;
Que nada persevera eternamente,
Ni á cambios del destino está seguro:
Y la varia Fortuna,
Que, ministra del cielo, nos gobierna,
Y, en su mudanza alterna,
A las naciones todas va ensalzando,
Sin perpetuar en ellas á ninguna,
A la gloria, grandeza y primacia,
Es fuerza que, mostrando
A Europa torvo ceño, al fin sonria
Y de la tierra entera le dé el mando,
Al vasto mundo de Colon un dia;
Y su vez gloriosa le conceda
A mi dulce Perú su instable rueda,
Que de tanto reves en desagravio

Con que la aflije y aflijió le debe,
Cuando yazga quizás inútil plebe
Quien hoi nos befa con soberbio labio.

Mas para idolatrarte
No ha menester el alma imajinarte
De excelsa gloria y resplandor cubierta;
Bástame que en tu cielo mis miradas
Alegres saludaron al sol nuevo;
Que en tí mi planta incierta
Dió sus primeras trémulas pisadas;
Que á tí familia y dulce madre debo,
Y de la pura infancia los placeres,
A tí el primer ámor y las sinceras
Amistades primeras;
Bástame en fin que tú mi patria eres,
Que para el tierno corazon del hombre
Todo se cifra en este dulce nombre.

Sí, que en el pecho humano,
De todos sus afectos soberano,
De la patria el amor Naturaleza,
Inmortal esculpió, profundo, inmenso,
Del tiempo vencedor y la distancia;
Y de nuevas regiones la grandeza,
Poder, tesoro, amor, nada le entibia;

Y, aunque el mas triste páramo de Libia
Te engendrara, y estancia
Te dé en su vasto seno,
De eternas fiestas y delicias lleno,
La encantada metrópoli de Francia,
Siempre suspirarás en suelo ageno.

Aunque terrenos paraisos pises,
Nada el anhelo de la patria aplaca:
Dígalo el sabio paciente Ulises,
Que, con morar en un Eden pequeño,
De bella diosa idolatrado dueño,
Solo anhelaba regresar á Itaca;
Y, como favor sumo,
A Jove suplicaba que le diera
Vivir donde siquiera
Se divisase de su hogar el humo;
Y, huyendo de la tierna amante diosa,
Sentado tristemente en la ribera
Del inmenso oceano,
Pasaba entero el dia,
En su patria pensando, hijo y esposa,
Y en Laertes, su anciano
Padre, que acaso ya no viviria.

Y á su lado llegando, se quejaba

Tal vez así la huéspeda divina:
«¿Porqué me huyes, ingrato?
¿La soledad prefieres de esta playa
De una diosa al amor y estrecho trato?
¿Porqué yaces sentado en la marina,
Desde que el alba sonrosada raya
Hasta que el sol declina,
Calladamente á solas
Contemplando con lágrimas las olas?
¿Qué mortal, sino tú pagar pudiera
Mi amor en tal manera?
¿Quién en este terrestre paraiso,
Del alma primavera eterna corte,
Quién por mí no olvidara hijos, consorte,
Familia, patria, y cuanto un tiempo quiso?
En jardin que deleita las miradas
Aun de quien de las célicas moradas,
O á visitarme baje,
O me traiga de Júpiter mensaje,
¿Quién, díme, el mundo todo no olvidara?
Mas tú, la dicha rara
De ser el caro dueño de Calipso
Mal preciando insensato, sólo anhelas
A Itaca desplegar las raudas velas,
Y volver de Penélope á los brazos.
Mas, díme, ¿en hermosura no la eclipso

Y en amor y en ingenio? pues mal puede
Débil humana que á los años cede
A eterna diosa disputar la palma
En corporales prendas y del alma.

«Deja pues ese anhelo y largo llanto,
Y mi amor goza en tanto;
De la inmortalidad con que te brindo
Acepta el alto don, y sé mi esposo;
Tiempo es que de tus viajes el reposo
Quieras aquí gozar; de nuevas penas
En demanda no vayas,
Libre de tantas por mi amparo apénas.
¡Ah! si supieses los trabajos grandes
Que te esperan al irte de mis playas,
Cuando por mares y por tierras andes
Errante peregrino,
Sin que un punto reposes,
Juguete del destino,
Y blanco de las iras de los dioses,
Por siempre renunciaras al deseo
De salir de este plácido Eliseo,
Y tu Itaca pusieras en olvido
Y tu esposa, gozando satisfecho
De ilustre diosa el venturoso lecho,
Que mas de un morador esclarecido

Del bienhadado Olimpo envidiaria. »
Entre airada y amante,
Se querellaba así la hija de Atlante;
Y el Itacense así le respondia:

« Cierto es, augusta Diosa,
Cuanto decis, y mal comparar puedo
Mi Itaca pedregosa
A esta florida, amena, feliz isla,
De los cielos bellísimo remedo;
Y en el mismo de Jove alcázar alto
Vos con vuestra presencia convertísla;
Ni soi tan ciego y de sentido falto
Que no alcanze á mirar con cuanto exceso
Vence á la de mi esposa y anonada
Vuestra inmensa beldad, que nunca el peso
Del tiempo sentirá, ni de la helada
Enfadosa vejez los graves daños,
Habiendo de volar sin fin los años,
Sin que el menor hechizo nunca os roben,
Mas siempre os hallen bella y siempre jóven,
Miéntras la frájil suya en tiempo breve,
Cual flor que vive solo una mañana,
A marchitarse triste con la nieve
De la vejez y á fenecer condena
Forzosa lei de nuestra estirpe humana;

Mas Itaca es mi patria, y negra pena,
Que resistir es vano,
Me roe el corazon, de ella lejano;
A ella de noche viajo, y á su puerto,
Do no puedo despierto,
Abordar en mis sueños me imajino,
Y paso, como veis, del sol el curso,
Mirando el mar inmenso que el camino
Es de la patria mia,
Y que al alma tristísima consuela
Con la dulce esperanza de que un dia,
Si no me abandonó favor divino,
Me ha de llevar por él rápida vela.

« No hai hora, no hai instante en que no piense
Cuándo será que al fin suelo itacense
Huelle, y bese con llanto y reverencia,
Y sienta el indecible regocijo
De ver de nuevo, tras tan larga ausencia,
A mi tan fiel Penélope querida,
Y á nuestro dulce hijo,
Que tan niño quedara á mi partida,
Y á mis amantes padres, cuyo largo
Vivir prolongue hasta mi vuelta el cielo,
Y á la fiel turba esclava,
Y hasta á mi pobre perro, mi leal Argo,

Que de querer seguirme muestras daba.

«Mi pensamiento sin cesar inquieta
De esposa é hijo la ignorada suerte,
Y tan tenaz recuerdo
Ni entre vuestros amantes brazos pierdo;
Acaso, miéntras yazgo en ocio inerte,
Audaces pretendientes codiciosos
A mi pobre Telémaco dan muerte,
Y de nuevo himeneo
A los lazos odiosos
De mi esposa violentan el deseo,
Que dolorida exclama:
«¿Dónde mi esposo está, que no me auxilia?
Si en la tumba no duerme,
¿Dónde está, que así deja sola, inerme
Tan largos años á su fiel familia?»
Sí, mi dulce Penélope, tus voces
Escucho, y, pronto dando las veloces
Lonas al viento, volaré en tu ayuda;
Pronto, pronto enviará mi diestra fuerte
Con justiciero encono,
De Pluton á la negra estancia muda,
De tus amantes á la turba loca,
Que la vana esperanza de mi muerte
Sólo alienta y provoca

A pretender de Ulises el real trono,
Y la mano y el lecho de su viuda.

«Sin que el anhelo del retorno templen,
Que tan ardiente os muestro,
Los males que me anuncia el labio vuestro;
No son para mí nuevas
De la suerte las pruebas,
Con las que mi valor más acrisolo;
Diez años en crudísimas batallas
Me miraron de Troya las murallas;
Las iras sé de Eolo,
Y los peligros de Caribdi y Scila;
Y del Cíclope hambriento,
A quien privé de su única pupila,
Cercano á ser me ví triste sustento,
Como mis compañeros desdichados;
A sufrir fieros males estoi hecho,
Y así cuantos añada
De los adversos hados
La cólera jamas apaciguada,
Todos resistiré con fuerte pecho.

«Mas no os enojen, Diosa, mis sinceras
Palabras, ni temais que en tiempo alguno
Olvide ingrato cuán piadosa y noble,

En vuestras playas dándome acojida,
Me salvásteis de la ira de Neptuno;
Hasta la hora postrera de mi vida,
En cualesquiera mares ó paises
A do el hado me lleve,
Siempre en el alma vivirá de Ulises
La memoria dulcísima de tantas
Altas mercedes que á Calipso debe,
Y que agradece humilde á vuestras plantas.»

Si pues Ulises, de una diosa amado,
Gozando de su lecho y de su lado,
En valles siempre amenos,
En jardin sin cesar florido y verde,
Que aun bello se mostraba á las miradas
A contemplar el cielo acostumbradas,
Su patria echaba ménos;
¿Cuánto será razon que te recuerde,
Dulce suelo peruano,
Siendo tanto mas bello
De Calipso el imperio sobrehumano
Que la tierra que huello,
Cuanto á tí cede Itaca, la postrera
Hija del Oceano,
De quien ni el nombre solo ya viviera,
Si por aquél no fuera

A quien tornar á verla costó tanto
De deseos, de afanes y de llanto ?

1860.

TRES MESES DESPUES

Aun se dilata el término anhelado,
Que celebró cercano mi alegría,
En que á tus playas torne, patria mia,
Tras un lustro de ausencia dilatado;
Y así la pena fiera,
Que de pronto regreso
Alivió la esperanza lisonjera,
En mi pecho renace con exceso.
Y, si hoi que son mis esperanzas ciertas
De que á tí he de volver, tanto acibara
La ausencia el vivir mio,
¿ Cuál mi congoja fuera, si tus puertas
Duro destierro impio
Eternamente, oh patria, me cerrara?

¡ Ah ! ¡ Cuán triste es el hado
Del pobre desterrado,
Que con ardiente llanto el patrio suelo
Recuerda siempre y nombra,
Ya el sol alegre el cielo,
Ya envuelva el mundo la nocturna sombra,
Que por verle suspira con anhelo
Y ni en su hora postrera
Tornar á verle espera !
Mas no es la suerte tan crüel conmigo,
Que la esperanza abrigo,
Y esta vez no es engaño,
De que no cumplirá su curso el año
Sin que á tu ansiada playa
Rápida nave trasladado me haya.
Y entónces, suelo amado,
En gozar las dulzuras empleado
Que nos guarda la patria solamente,
Y en viajar tu vastísima comarca,
Dos lustros descontando de ansias vivas
En dos veces que estuve de tí ausente,
No temas que de tí nunca me aparte,
Hasta que, herido de la cierta Parca,
En tu materno seno me recibas,
Ni ya pueda jamas abandonarte.

A LIMA

Aquel que á la coyunda, bella Lima,
Doble de los pesares la cerviz,
Vuele á tu elíseo venturoso clima,
Y á ser en breve tornará feliz.

En el fulgor que en tí duplica el dia,
En tus templados vientos y aura pura,
Resplandecer parece la alegría,
Y el placer respirar y la ventura.

Jamas de negras nubes se reviste
Tu cielo, cual zafir, limpio y sereno;
El relámpago rojo nunca víste,
Ni te asustó el rumor del ronco trueno.

Ni te hirió con flamíjera saeta
La divina justicia vengadora;
La tempestad tu atmósfera no inquieta,
Ni tu dichoso cielo nunca llora.

Ni amortaja jamas escarcha ó nieve
Tus bellos campos; el invierno frio
A entrar á tu comarca no se atreve
Y en tí templa sus llamas el estío.

Y, cual del hombre en la mansion primera,
En tí, retrato fiel de ese pensil,
Es el año perpetua primavera,
Es cada mes un renovado Abril.

Conforme en tí á su nombre, ancha laguna
Mas semeja el Pacífico que mar,
Y la luz tan serena de tu luna
El brillo iguala de la luz solar.

Nunca mas tarde en tí raya la aurora
Ni mas temprano se despide el dia,
Ni á su claro rival usurpa una hora
Jamas la tenebrosa noche fria.

Fecunda madre de beldades eres,
Que la Fama do quier canta y pregona,
Y ceden á tus májicas mujeres
Las bellas Geörgianas la corona.

¿Qué corazon habrá tan cauto ó duro,

Que la preciosa libertad redima
De sus ojos que al sol dejan oscuro,
De la gracia sin par que las anima?

La flor de España, la feliz Sevilla,
Por secular proverbio decantada,
La altiva frente á tu beldad humilla,
Con sus hermanas Córdova y Granada.

Al largo cielo en fin eres deudora
De tan sin par beldad, de tanto bien,
Que de toda ciudad reina y señora
Fueras, oh Lima, y verdadero Eden,

Si el ruinoso tremendo terremoto
No te viniese á visitar tal vez,
Solo mal que te aflije, justo coto
Que Dios quiso poner á tu altivez.

A LIMA

¡ Cuánto tus dias serenos,
Dulce Lima, echo de menos !
¡ Cuánto extraño
De tu clima la blandura,
Tu primavera que dura
Todo el año !

En esta region do eterno
Durar anuncia el invierno,
Donde va
Una de otra aurora en pos,
Ni asoma el astro que Dios
Te fué ya;

Y, envuelto en oscuro manto,
Derrama el cielo su llanto
Sin cesar,
Y del frio el rigor ciego
Me encadena junto al fuego
Del hogar;

Y en el silencio y la calma
De mi estancia siento el alma
Siempre triste,
Que de la naturaleza
La contagiosa tristeza
Me la viste.

Mui mas claras que los dias
De estas rejiones sombrias
Son tus tardes:
Tiempo en que vuelva de Lima
Al templado elíseo clima,
Ven, no tardes.

Es dulce á quien habita tierra agena
Nuevas saber de su pais nativo,
Que engaña de la ausencia la gran pena;

Mas yo, que ausente de mi patria vivo,
Consuelo ni alegría sentir suelo
Con lo que á todos es grato y festivo.

Antes me oprime grave desconsuelo;
Llanto vierten los ojos, hechos fuente,
Y me lamento al poderoso cielo.

Pero ¿cómo alegrarme? ¿cómo ardiente
No derramar inconsolable lloro?
Si es fuerza siempre que la fama cuente

Que el dulce patrio suelo á quien adoro,
Y de quien sus miradas Dios aparta,
Hijos pierde, virtud, honra y tesoro;

Sin que jamas un punto de él se parta
La atroz Discordia, como siempre ayuna,
Nunca de presas y de estragos harta.

Tal vez, por escusar tan importuna
Pena, estar deseé do no pudiera
De mi patria saber nueva ninguna.

¡ Dichoso el hombre que la luz primera
Ver alcanzó de la bondad divina
En tierra que en sosiego y paz prospera,

Ni á sí propia se labra la rüina !

1857.

A UN PERUANO

No mas, oh dulce amigo,
Me hables de la aflijida patria nuestra
Que á tan largo castigo
Condena del Señor la fuerte diestra
Que el extremo de su ira en ella muestra.

No sus tristes sucesos,
Y sus discordias peremnales cuentes,
Ni la saña y excesos
De sus partidos mil me representes,
A la par codiciosos é insolentes.

No así al bueno pintando
Sigas en el desprecio y en el lloro,
Ni al inicuo en el mando
Que dilapida el público tesoro,
Y es de la patria universal desdoro.

No el celebrado abono

Recuerdes, ni riqueza otra ninguna
Que el disfrazado encono,
No la piedad le dió de la fortuna,
Con ella hasta en sus dones importuna,

Tan triste cuanto vana
Plática por piedad cese tu labio,
Que de mis ojos mana
El llanto á mares y demente rabio,
A mi flaca salud haciendo agravio.

Guarden serena calma,
Al hablar de la patria dolorosa,
Los que no tengan alma;
Y hoi mas que á la infeliz grava y acosa
Mayor turba de males y espantosa.

Escusa los estremos
De inútil compasion é inútil ira;
¿Qué hacer tú y yo podemos?
Nuestra impotencia á defenderla mira:
Dos somos; ni aprovecha ardiente lira.

Obrar, obrar valiera;
Hablar es vano, como es vano el verso
De la musa severa;

Mas ¡ ai ! obrar nos niega el hado adverso
Que al necio lo concede y al perverso.

1859.

A MARCO CURCIO

¡ Feliz mil veces tú que, cuando espanto
A Roma daba horrendo abismo, en él,
El oráculo así cumpliendo santo,
Te lanzaste con armas y corcel !

Y, cerrándose al punto el negro abismo,
A tí su salvacion Roma debió :
¡ A mi patria infeliz porqué asímismo,
Con mi muerte á salvar no basto yo !

Dáme, oh Ventura, que de mí dependa
La salud de mi pueblo, y derramar
Por él mi sangre, expiatoria ofrenda,
De la eterna Justicia en el altar.

1858.

De adverso signo mi existencia es hija :
O de naturaleza, ó de fortuna,
¿Qué fiero mal habrá que no me aflija?
Yo á mi padre perdí desde la cuna.

Mi esquiva fiera condicion, que en vano
Quise vencer con imposible hazaña,
Me destierra del dulce trato humano,
Y del amor y la amistad me extraña.

En nada logran encontrar remedio,
Y más y más se aumentan cada dia
Este mi universal profundo tedio
Y entrañable tenaz melancolia.'

Jamas siquiera de placer asomos
A mi triste vivir dieron los cielos;
Yo y la Tristeza inseparables somos,
Y de la misma madre hijos jemelos.

¿Mucho lloraste, madre, y padeciste,

Cuando á mí me llevabas en tu seno,
Que un hijo diste á luz tan grave y triste,
Y al placer y á la dicha tan ageno?

Misteriosa dolencia antigua y lenta,
Que combatió la ciencia vanamente,
Sin cesar donde quiera me atormenta,
Y ni me mata, ni vivir consiente.

La beoda satánica Locura,
De ignoble rostro, cual ninguno horrendo,
Acompañarla con teson procura,
Y apénas de su asalto me defiendo.

Ausente me ha tenido el crüel hado
La mitad casi de mi triste vida,
Del patrio suelo y del materno lado,
Que ni un instante mi cariño olvida.

La negra Envidia con traicion me acecha;
Y bañadas del Orco en el veneno,
La Calumnia feroz flecha tras flecha
Lanzando está contra mi inerme seno.

Y, aunque me veis en juveniles años,
Anticipada la experiencia amarga,

Padecí mas crueles desengaños
Que contar puede la vejez mas larga.

Y aun me falta tal vez el solo escudo
Con que el orgullo me abroquela el pecho,
Pues humillado de mi ingenio dudo,
Y que me engaña el propio amor sospecho.

Y otra desgracia el corazon me abruma,
Mas que aquéllas fatal, extraña y grave,
Que no puede al papel confiar la pluma,
Ni al viento el labio, y que ninguno sabe.

Y mi ardiente aprensiva fantasía,
Como si de desdichas turba tanta
No bastase, las dobla todavía,
Y las prolonga todas y adelanta.

Mas tantas penas que me afligen nada
Son comparadas al dolor de verte,
Tan infeliz, oh patria, y humillada,
Y al punto no poder cambiar tu suerte.

Sí, son los tuyos mis mayores males,
Y, si fuerte, y dichosa, y grande fueras,
Los que á mí solo tocan, aunque tales,

Sonrïendo mirara cual quimeras,

Por tí á quien para tí sin fruto adoro,
Mi sangre toda en hiel trueca la ira,
Y me deshace la piedad en lloro,
Y hasta turbada mi razon delira.

Tú el pensamiento eterno de mis dias,
Y tú el desvelo de mis noches eres,
Tú el mas dulce placer me amargarias,
Si posibles me fueran los placeres.

Y héroe quisiera ser por tí romano,
Y dejando el laud que en vano agrada,
En tu defensa armar la fuerte mano
Con la triunfante vencedora espada.

¡Por qué á tus hijos todos con mi muerte
A redimir no basto, y la divina
Piedad, feliz, no alcanzo á merecerte,
Y á salvarte de cierta pronta ruina!

AL HADO

Si hacer mas dura prueba
Quieres de mi constancia, Hado enemigo,
Dáme de aquél el inmortal castigo
Que grave enorme roca en hombros lleva,
Sin que á la cumbre al fin jamas la suba;
Dáme el de las hermanas cuya mano,
Que á sus esposos dió traidora muerte,
Henchir probando taladrada cuba
Que á llenar no bastara el oceano,
Siglos y siglos ha que en ella vierte
Agua y mas agua sin cesar en vano;
Haz que en mi tierno corazon sensible,
Sin cesar renaciente,
Su hambre insaciable sin cesar sustente
El buitre horrendo que devora á Ticio;
Haz que á Ixion en la rueda,
O que en la sed á Tántalo suceda,
Que más, en medio de las aguas, arda;
A mas grave suplicio,

Si mayores los guarda
El malhadado Averno, me condena;
Mas la insufrible incomparable pena
No me inflija jamas tu tiranía
De ver que la adorada patria mia
De nuevo arrastre la servil cadena.

1862.

A LA DISCORDIA

No fué por dicha eterna
La hidra extraña de Lerna,
Cuya cerviz enhiesta coronaba
De furiosas cabezas renacientes
Siempre en copia mayor racimo horrendo;
Que de Alcides al fin la fuerte clava
Arrancarle logró la tenaz vida,
De su furor la tierra redimiendo.

¡Así tambien, Discordia fratricida,
Que nuestra patria sin cesar divides,

La divina clemencia condolida
Pronto al Perú le mande un nuevo Alcides,
Que juntas corte tus cabezas todas,
De otras mil cada cual madre fecunda,
Y para siempre en el Averno te hunda!

1857.

VISION

Iba la mas oscura taciturna
Y triste Hora nocturna
Moviendo el tardo soñoliento vuelo
Por el dormido cielo,
Cuando, dejando mi alma
En la profunda calma
Del parecido hermano de la muerte
A su cansado compañero inerte,
A quien no da seguirla en viaje aerio
La propia pesadumbre,
Desde la corte del frances imperio

Voló á su patria, desasida y sola,
Conforme á su dulcísima costumbre;
Y toda en breve punto recorrióla,
Desde el postrero linde Ecuatoriano
Hasta la gran laguna
De los hijos del sol sagrada cuna,
Y desde el oceano
Hasta el inmenso rio
Que entre todos merece el señorio,
Y aun con aquél á competir se atreve;
En el espacio así de Mapa breve
La recorre la rápida mirada,
Con mínimo tamaño retratada:
Mas ¡ai! que por do quiera
Que el vuelo dirijiera,
De pasadas contiendas las señales
Junto con los aprestos solo hallaba,
De futuras contiendas fraternales,
Y de discordia que jamas se acaba.

A descansar sentéme de tal vista,
A que no hai sufrimiento que resista,
Cabizbajo é inmoble,
En un profundo valle
Tendido de los Andes á la falda,
Que en él formaban densa noche doble

Con la anchurosa sombra de su espalda.
De aquel salvaje natural retiro
Hondo silencio era absoluto dueño,
Y solo de mi pecho algun suspiro
Tal vez interrumpia con son blando
De la naturaleza el grave sueño.

En tal estado ignoro
Cuanto tiempo pasé, mi faz regando
Con encendido lloro,
Cuando sonó en mi oido
Como el distante ruido
Que en los aires levanta de crecida
Muchedumbre de cóndores la huida:
Los ojos alzo, y miro tan radiante
Blanca figura descender lijera,
Cual si astro rutilante
Despeñado bajase á nuestra esfera;
Que los débiles ojos deslumbrado
Cerrase fuerza fué, y, cuando los hube
De nuevo abierto, ya encontré á mi lado
A celestial querube,
Que tan alta encumbraba su estatura,
Que ni cerca del Ande
Que nada junto á sí deja ser grande,
Se olvidaban los ojos de su altura;

No alzaba al cielo tan gigante mole
De la tierra la audaz soberbia prole
Que á Jove mismo pudo dar asombros;
Aun moviéndose estaban en sus hombros
Alas de tal tamaño,
Que iguales no las dió á la mayor ave
El fabuloso engaño,
Ni con tamañas velas grande nave[1]
Por la llanura líquida se mueve;
Era su cuerpo nieve
Con la lumbre solar vestida y clara,
Y de su rostro la beldad tan rara,
Que, con razon cobarde, no se atreve
Mi estro de su pintura á hacer ensayos,
Y, cual de meridiano sol la cara,
Despedia ancho círculo de rayos,
Con que en un nuevo mui mas claro dia
Aquella doble noche convertia.
A vista tal, lleno de asombro y miedo,
Con las manos cubriéndome los ojos,
Caí al punto de hinojos,
Sin voz, helado, inmóvil, fiel remedo
De mortales despojos;
Entónces á mi oido aquestas voces

1. Vele di mar non vid'io mai cotali. — Dante.

Llegan, de acento del mortal diverso:
«Yo soi el genio del Perú, el arcángel
A quien el sumo rei del Universo
Encargó de esta tierra la custodia;
Yo, á pesar del perverso
Angel que la verdad y la luz odia,
Y que ciega la mente mantuviera
De tantas muchedumbres,
Sumisas tanto tiempo á su tributo,
A los míseros Incas dí vislumbres
De la fé verdadera;
A mí, cual hombre, me cubrió de luto
De su linaje la desdicha fiera;
Yo acompañaba al triste Atabaliba,
Cuando al suplicio entre cadenas iba;
Yo, desatando de su error la venda,
El agua santa que las culpas lava
Y del glorioso cielo abre la senda,
Hice que recibiera, y consolaba
Del imperio perdido su amargura
Con la promesa del que nunca acaba;
Yo, de lustros despues tras jiro mucho,
En las heróicas lides
De Junin y Ayacucho,
Estuve con los libres, y delante
De los dos inmortales adalides

Iba, sus nobles pechos resguardando
Con broquel de durísimo diamante,
El mismo con que fuí al combate, cuando
En los llanos celestes
De Luzbel debelamos á las huestes
De Miguel y de Cristo bajo el mando.
Mas tú ¿por qué á estas horas
En tan desiertas soledades lloras?
Desata el labio, y sin tardanza díme
Qué congoja te oprime.»

Alzé á estas voces la abatida frente,
Y, mirando al arcángel cara á cara,
Que el resplandor veló que despedia
Y le igualó á la débil vista mia,
Respondí de esta suerte,
Que, de la dulce patria al solo nombre,
Se despojó mi corazon del miedo
Que á la voz y presencia
De seres superiores siente el hombre:

«Celeste ciudadano, ¿cómo puedo
No penar y jemir constantemente,
Cuando el hado consiente
Tantos desastres á la patria mia
Que, desde que la Ibérica coyunda

Quebrantó por la espada,
De Ambicion y Discordia furibunda
Es víctima, de Dios desamparada?
Como del viejo Caos la caverna,
Negro rumorosísimo teatro
De la contienda eterna
En que viven los cuatro
Primeros elementos, que gobierna
Tan solamente Confusion bëoda,
Mírala así del uno al otro estremo
En hondo caos agitarse toda,
Siendo en ella el desórden rei supremo.

« Desvela á todos la ambicion del mando;
Nadie obedecer sabe; como cuando
Hambrienta turba de aves de rapiña,
Guiada del olor, baja y se apiña
En torno de rëal difunta fiera,
Crüel porfiada riña,
Ansiosas todas de lograrla entera,
Traban, hasta que al fin con los agudos
De sus picos fortísimos cuchillos
La parten en pedazos mil menudos;
Así un puñado de ávidos caudillos,
Sin que un instante su furor descanse,
Cruda batalla dánse

Por los despojos de la patria triste,
A quien ninguna proteccion asiste.

«Mas ¿que digo un puñado?
Si ya no hai ruin soldado
Que á la suprema silla,
Que solo con desearla la amancilla,
No ambicione subir y al mas indigno
Tal vez da el triunfo nuestro adverso signo;
Sin que valga el que luego
A ceñir nuevo pecho sin sosiego
Pase la ansiada banda blanca y roja
De que uno á otro sin cesar despoja;
Que no porque mudemos cada dia
Leyes, constitucion y presidente,
Cual sin cesar varia
En el angosto lecho nuevo lado
Buscando alivio, el mísero doliente,
Es mejor nuestro estado;
Antes siempre nos hizo lo presente
Extrañar, cual dichoso, lo pasado;
Ni porvenir aguardo diferente;
Que entre cuantos la atenta
Mirada en torno á divisar alcanza,
Ni uno, ni uno tan solo se presenta
En quien ponga la patria su esperanza.

«¿Cuándo el Señor nos enviará piadoso
El heróico varon digno del Tibre,
Amador de la patria verdadero,
Que por solo su amor el noble acero
Do quier triunfante vibre,
Y, de tantos millares
De pretendientes nuestro suelo libre,
Volver anhele á sus modestos lares?
Mas ¡ qué profiero insano!
¡Hechos espero de valor romano
Adonde sombra no hay de patriotismo,
Sino abyecto interes, duro egoismo!
Bailes, palacio, coche, rica mesa,
Esa, de cada cual la patria es ésa;
La patria, el bien primero,
El dios universal es el dinero,
Que aun por infames modos
Alcanzan muchos y codician todos;
Y aunque la fama divulgarlo entienda,
Cuanto su torpe mano á hurtar alcanza
Con descaro sin par hurta quien puede
De la sagrada hacienda
Que á sus rapaces manos encomienda
De la nacion incauta la confianza,
Sin que tamaño mal en parte vede
El castigo del público desprecio;

Antes á quien el hurto no enriquece,
Que fácil pudo cometer é impune,
Con torpe risa le apellidan necio,
Que á quien en vano la ocasion se ofrece
Es justo, añaden, que mendigo ayune:
Y del tesoro nacional la parte
Que de tanto naufrajio sobrenada
La numerosa multitud de Marte,
Consume toda y numerosa armada,
Que en tan pequeño estado
Bien dijera que son lujosa nada,
Si no los lamentase mi cuidado
Cual arma y medio y no postrer oríjen
De revueltas que siempre nos aflijen.
Y en tanto ¡cuánta aldea,
Sumerjida en tinieblas de ignorancia,
La luz sagrada del saber desea,
Sin que á su tierna infancia
Piadosa escuela aún sus puertas abra
Donde el arte primero se conquista
De entender con la vista
Impreso el pensamiento y la palabra!
Y en tanto, entre las penas del camino,
Por montañas y selvas y el desierto,
Pára el viajero, de su senda incierto,
O del bruto á merced vaga sin tino!

Y en tanto estéril valle, donde solo
Cae tal vez levísimo rocío,
Espera en vano que distante rio,
Cuyo impetuoso antiguo curso tuerza
Del arte humano la divina fuerza,
Y en mil y mil arroyos le divida,
Venga á llenarle de fecunda vida!

«De los jueces la sórdida codicia
Convierte en compra y venta la justicia[1];
No con Jesus, con Satanas conforma
Su vivir el indigno sacerdote,
Ni sus infamias cela,
Escándalo á los mismos
De quienes ser debiera ejemplo y norma,
Y es la milicia de traicion escuela
Y de la patria el mas crüel azote;
El tierno adolescente,
De cuya edad es la inocencia amiga,
Torpes errores en la mente abriga,
Y en el ruin pecho bajo
El ardiente deseo,
Pues el paterno ejemplo es bien que siga,
No de honroso trabajo,

1. Frai Luis de Leon.

Sino del sueldo y del ocioso empleo;
Y, como anhelan todos los oficios
Que el Estado les dé, casi desierta
La patria industria veo,
Y á objetos que fomentan lujo y vicios
Abre solo el Comercio pronta puerta;
Las ciencias y las nobles liberales
Artes que el mundo acata, aquí de franco
Menosprecio son blanco,
Y á los hijos de Apolo
A quienes presenciar tamaños males
A justa ira provoca
Torpe escarnio y baldon les cabe solo.

«Por eso ¡ ai Dios! con arrogante boca,
Bien como á gente bárbara é inculta,
Ños befa el estrangero y nos insulta,
Nuestros vicios narrando y sempiternas
Bochornosas rencillas,
Y en lugar de las cívicas hazañas
De otras gentes antiguas y modernas,
Decantadas do quier por maravillas,
Se cuentan las estrañas
De que es solo el Perú triste teatro,
Y los Peruanos defender no pueden
A su patria afrentada, y sus mejillas,

Pues fuerza es siempre que verdad tan clara
Sus amorosos argumentos venza,
Se tiñen del color de la vergüenza:
Y así de nuestras armas la divisa
Que *por la union firme y feliz* declara
A nuestra triste patria, de quien fuera
Mejor que lo contrario declarara,
Causa tan solo vituperio y risa.
Pero de nuestros males ¿quién espera
Mas que una breve parte
Poder jamas contarte?
En turba tan crecida
Uno por otro insuficiente olvida
Mi labio, y fueran pocas
Cien voces á agotarlos y cien bocas.

« Y á tal estado, celestial mancebo,
Díme, ¿hasta cuándo nos condena el hado?
¿O es maldito de Dios nuestro linaje,
Que castigando en él está, cual nuevo
Orijinal pecado,
El inaudito crímen perpetrado
Por aquellos que el síncero hospedaje
Del Inca generoso y su confianza,
Pagar pudieron con la mas impia
Inicua alevosia,

Robos, estupros, llamas y matanza
Y cuanto daño á imaginar se alcanza?
¿Y nosotros, remotos descendientes
De tan bárbaras gentes,
De sus delitos fieros
Somos, y del castigo, así herederos?

« ¡Con qué de salvacion no hai esperanza!
Y ¡será que mi triste patria muera,
Antes de haber vivido, cual de pecho
Endeble niño que nació deshecho,
Y á quien, ántes de dar el primer paso,
Le sirve de ataud la propia cuna!
Naciones mil la pregonera Diosa
Recuerda, que á su ocaso
Arrastró la Fortuna;
Mas murieron decrépitas ancianas
De mas lauros cubiertas que de canas.
Mas ¿cuál de estrella fué tan importuna
Como la triste nuestra,
Que, ayer no mas nacida,
Dando está clara muestra
Que se le acaba la doliente vida?
Y, como muchos de sus propios hijos,
Mancebos en edad tiernos, lozanos,
Y en egoismo y corrupcion ancianos,

Tál á ella, apénas en su edad florida,
Ningunos vicios ya le son extraños
De cuantos manchan en crecida tropa
De Asia las sociedades y de Europa,
Ya mayores en siglos que ella en años.

« ¿ Y á quién pues que esto mira
Del hondo corazon lágrimas rojas
No esprimen sus fierísimas congojas,
Su generosa cuanto inútil ira?
Dádme, dádme la lira
Con que el triste profeta Jeremías
De Sion cantaba los postreros dias,
Y vierta en cantos de tristeza suma
El duelo inmenso que mi pecho abruma,
Viendo á fatal inevitable ruina
Mi infortunada patria ya vecina! »

Así dijo, y el llanto y los sollozos
Mi discurso acabaron, mas el hijo
Del cielo esto me dijo :

« Hombre de poca fé, bien sé que es cierto
Cuanto con voces de dolor me dices;
Mas no por eso es bien que esté ya muerto
El último consuelo de infelices

En tu enlutado corazon desierto,
Que, aunque el mal aquí echara hondas raices,
Para la fuerte voluntad sagrada
Es el mayor impedimento nada.

« Del abismo del mal y de la pena
Sacar el bien y la ventura sabe,
Y el mal, si que fenezca Dios le ordena,
Antes fenece que su voz acabe;
Al mar de la desgracia el curso enfrena
Tanto que en breves términos ya cabe
El mismo á quien cubrir fiero y triunfante
El mundo todo vió el pasado instante.

« Aquel en cuyo pecho halla cabida
La desesperacion cobarde y ciega,
Miéntras aun dura la mudable vida,
No merece la dicha, que al fin llega :
La merece tan solo quien anida
La fé en el suyo, y siempre espera y ruega;
Que todo, todo del Señor se alcanza
Con oracion, con fé, con esperanza.

« Oh jóvenes, vosotros que en el pecho
Ardiente corazon abrigais puro,
De la patria esperanza, á su provecho

Consagrad vuestras vidas, que yo os juro
Que, pues de vuestra parte está el derecho,
Es vuestro triunfo con verdad seguro,
Aunque luchas larguísimas os cueste;
Mas no bélico triunfo ha de ser éste,

«No lid ésa será do el bronce ofenda,
Y sangre hermana se derrame á rios;
A esa moral pacífica contienda
Con severo estudiar apercibíos,
Y hábitos de virtudes; y os defienda
Y centuplique vuestra fuerza y brios
Contra golpes del hombre y de la suerte,
De union estrecha la coraza fuerte.

« Y abrigad firme fé; ved que sin ella
Todo falta, con ella todo sobra,
Y quien la abriga, mientras mas le huella
El hado, mas aliento y fuerzas cobra;
Vence el influjo de contraria estrella
Y maravillas é imposibles obra;
Manda al sol que al ocaso no descienda,
Y abre en el oceano enjuta senda.

« Los halagos huid que os brinda Lima
Y sus eternas fiestas y placeres;

No os afemine y postre el blando clima
Y el amor de sus májicas mujeres :
Miéntras las cosas que la carne estima
No burles y desdeñes, nunca esperes
Por tus esfuerzos, Juventud peruana,
A tu patria mirar feliz y ufana.

« Mas, si haceis esforzados lo que os digo,
Y vida y corazon y pensamiento
Consagrais á la patria, por amigo
Tendreis á Dios en el heróico intento,
Que juzgará bastar ya de castigo
Al Perú tantos años, y escarmiento,
Y no temais entónces que se os frustre
Con tal ayuda vuestra empresa ilustre.

« De esperanzas, oh jóvenes, colmáos,
Que, como al huracan cuya pujanza
Hunde ó estrella las endebles naos
Sucede placidísima bonanza,
Como al confuso alborotado cáos
Siguió la creacion, tened confianza
Que en vuestra dulce patria la paz leda
A la discordia atroz así suceda.

« Quien os lo afirma soi; que en el volúmen

Ora leyendo estoi de lo futuro,
Y de las dichas que el supremo Númen
A este suelo prepara, á mi seguro
Mirar se ofrece el fúlgido resúmen,
Rasgado de la edad el velo oscuro;
Y con labio profético refiero,
Como pasado ya, lo venidero.

« El sol no vé en su circular camino
Mas rica que el Perú ninguna tierra,
Que en su seno de plata y oro fino
Mas hondas venas que el Ofir encierra;
Al mundo que ántes fué pobre y mezquino,
De tanto mal en pago y cruda guerra,
Generosa llenó de oro y de plata,
Cual pregonera fama lo relata.

« Cuando á estas playas le arrastró el deseo
De enriquecerse, y hados celestiales,
Mirar pudo el atónito Europeo
Ser estos preciadísimos metales,
En nuevo estraño nunca visto empleo,
De fábricas macizos materiales,
Y derramados los miró sin tasa
Del astro rei en la divina casa,

« Por la riqueza imponderable y rara
Que en ella por do quier resplandecia,
Digna de que de veras la habitara
Con su corte y esposa el rei del dia;
Jamas tanto oro la codicia avara
Ansió, ni imajinó la fantasia,
Cuanto en su seno atesoraba el ancha
Encantada mansion de Coricancha.

« ¿Y creer puedes tú que de tamañas
Riquezas quede solo el nombre vano?
¿No ves estas altísimas montañas?
De amarillo metal y metal cano
Se apacientan y llenan sus entrañas,
Que solo aguardan la potente mano
Que los ayude de la Industria para
Salir del fondo de la tierra avara.

« Ni se envanece con sus frutos ménos,
Si el ser tan rica de metal la ufana,
Dando sus campos fértiles amenos
Cuantos puede desear viciosa gana;
Y con sus frutos propios los agenos
En breve tiempo generosa hermana
En el dulce sabor y larga copia,
Y la extranjera Flora con la propia.

« Valles hai do se muestran tan corteses
Como en el Paraíso, tierra y cielo;
Brotan de suyo las doradas mieses,
Y sin cultivo flores rinde el suelo;
Allí se siguen los iguales meses,
Sin destemplanzas de calor ni hielo,
Que invierno con verano allí no alterna,
Reinando sola primavera eterna.

« Antigua coetánea de Natura,
De su primer vigor honda vivienda,
Confuso laberinto es cada oscura
Selva que al paso niega angosta senda,
Do cada planta que subir procura
Al aire y luz, es fuerza que contienda,
Pues tantas crecen y se apiñan tantas,
Por el lugar, con las vecinas plantas.

« Vuelve los ojos hora al mar sonoro,
Que al vulgo morador del aire vano
Deudor es de otro espléndido tesoro,
En montes del famoso soberano
Fecundador de tierras, que, si de oro,
O del blanco metal del oro hermano,
Fueran desde la planta hasta la cima,
En valor no subieran ni en estima.

« A los hijos de aqueste feliz suelo
Ingenio que á los años se adelanta
Con mano generosa ha dado el cielo,
Y, sin su presuncion y de su tanta
Ruin pereza y desidia sin el hielo,
Que lo entumece y su vigor quebranta,
Fuera templo de Apolo y de Minerva
Esta comarca, de ignorancia hoi sierva.

« ¿ Y de tan grandes especiales dones
Se habrá de malograr la inmensa lista?
¿Y qué serán inútiles supones?
Vendrá tiempo, y tal vez mucho no dista,
En que sea tu patria de naciones
Envidia y ejemplar : tu alegre vista
Alcanzará tal vez la luz primera
Mirar de tan gloriosa feliz era.

« Entónces las que hoi mudas soledades
Son, de plantas océano ó de arenas,
Serán grandes magníficas ciudades,
De poblacion y de bullicio llenas;
Y el que desierto fué tantas edades
En su inmenso recinto podrá apénas
Dar cabida á la gente pobladora
Que afluya de do quier á cada hora.

« A los campos por ella Agricultura
Aumentará de modo su nativa
Fertilidad, riqueza y hermosura,
Que serán del Eden imájen viva,
Donde su corte real tenga la Hartura,
Y adonde de su triste comitiva
De males mil seguida, vez ninguna
Entrar intente la Miseria ayuna.

« El Comercio, que hoi miras tan escaso,
De tantas naves tendrá el mar cubierto
Que manden Norte, Sud, Orto y Ocaso,
Que dos ciudades haya en cada puerto;
Y, en las duras entrañas libre paso
De montañas altísimas abierto,
Tan inmensa region, por ellos breve,
Los carros cubrirán que el vapor mueve.

« Concordia tal, de la del cielo emblema,
Ha de enlazar á todos los Peruanos,
Que de sus armas ya no mienta el lema,
Y sean con verdad todos hermanos,
Firme estado fundando que no tema
Extranjeros audaces ni tiranos,
Cuya amistad y alianza Europa pida
Hoi con él tan injusta y engreida.

« Morirán la ambicion y la licencia
Que hoi hacen del Perú terrestre infierno;
Y hará amable costumbre la obediencia
El justo, sabio, patriarcal gobierno,
Que con la desvelada providencia
Os rija y con el ánimo paterno
Con que rijieron sus antiguos reyes
A las indianas venturosas greyes.

« Del negro Averno á los profundos senos
Volverá de los vicios la cohorte
Que á cada estado, y á ninguno ménos,
Visiblemente hoi amancilla el porte;
De esa feliz república de buenos
Será la santa ley único norte,
Y la Justicia romperá su espada,
En sola su balanza confiada.

« La relijion santísima de Cristo
Que hoi escarnece el siglo indiferente
Con esplendor sublime jamas visto
Tu patria mirará resplandeciente,
Dando al lugar glorioso donde asisto,
Mas que oro al mundo, moradora gente,
Y á sus hermanos ya silla gloriosa
Martin apresta y la limeña Rosa.

« Y de Europa dejando las orillas,
Trasladarán á esta feliz ribera
Las artes todas sus doradas sillas,
Pródigas derramando donde quiera
Sus sublimes y hermosas maravillas;
Audaces moles hasta su alta esfera
Verán erguirse los nocturnos soles,
Que venzan griegas é italianas moles.

« Las ornará la pródiga Escultura
De estatuas que parezcan animadas,
Y de frescos y telas la Pintura
Que engañen deleitando las miradas;
Y se verán do quier con tal hartura
Estatuas y pinturas derramadas,
Que parezcan artísticos museos
Palacios, templos, plazas y paseos;

« Y se aficione al arte hasta la plebe,
Que volviendo á los hombres va mejores;
Aquí el arte que el alma mas conmueve
Estremará sus májicos primores,
Con que al cielo los ánimos eleve,
Remedando los himnos y loores
Que los ángeles santos de contino
Cantamos en Sion al Uno y Trino.

« De tan sublimes vuelos Poesía,
Digno amor tuyo, entónces hará muestra
Que igualar casi logre su osadía
El alto númen de la estirpe nuestra;
No se disputen ya la primacía
Roma, Florencia y quien les fué maestra,
Y á la Aténas mayor del Mundo nuevo
Concordes rindan el laurel de Febo.

« Y, con artistas sumos y poetas,
Florecerán filósofos y sabios,
Que ahonden las verdades mas secretas,
Y de sus suaves persuasivos labios
En espaciosas academias quietas,
Del deleite burlando los agravios,
Inmensa juventud verás pendiente
Que del saber desvele el ansia ardiente.

« Y á inmóvil multitud, que el ancho foro
A encerrar apiñada baste apénas,
Ingenios orarán con boca de oro,
Que en odio de tiránicas cadenas,
En zelo audaz del nacional decoro,
Y en elocuencia mágica, al de Atenas
Venzan y al orador por quien se precia
Italia de no ser menor que Grecia.

« Ni en extranjero labio ya el idioma
Molestará, Peruanos, vuestro oido
Por el que ardiente á vuestro rostro asoma
De la amarga vergüenza el colorido;
Y, como el hijo de la antigua Roma
Con patria tan magnánima engreido,
Tál vosotros tambien podeis jactaros
De ser de madre ilustre hijos preclaros.

« Y, como hoi los curiosos naturales
De este suelo novel lleva el deseo
De Europa á visitar las capitales,
Venir ansioso á visitar ya veo
Vuestras grandes metrópolis reales
Y grandezas sin par al Europeo,
Que hoi no su lustre trae y su decoro
Sino el ansia tan solo de tesoro. »

Así decía el celestial jigante,
Y de extraña alegría,
Que renueva el recuerdo á cada instante,
Me colmaba la cierta profecía
De tiempo tan glorioso y tan risueño;
Y, miéntras nuevamente hablarle fio,
En ménos que lo dice el labio mio,
Se van juntos el ángel y mi sueño.

1857.

Cuando, de nubes de arrebol cubierto,
Se avecina ya el sol al negro ocaso,
Do oculta y solitaria parte advierto
En el marino muro muevo el paso,
Morador triste del herculeo puerto;
Que aun á templar es el dolor escaso
Y pena del que vive en tierra extraña
Ciudad tan bella de la bella España.

Y, el codo en la muralla y en la palma
La faz, mirando el oceano inmenso,
Que ya sus ondas y murmullos calma,
En patria y madre enternecido pienso;
Y, traspasando arrebatada el alma
Del postrer horizonte el velo denso,
Vuela al suelo natal, y con la mente
A mi dulce familia estoi presente.

Siempre al mirarte, Atlántico oceano,
Se despierta en mi pecho con extraña

Ansia el recuerdo del Perú lejano,
Que, aunque tú no el mar eres que lo baña,
Eres al ménos mar americano,
Y es camino tu azul vasta campaña
Para volver á su adorado seno,
Por el que sin cesar suspiro y peno.

Y no miro jamas rápida vela
Tus ondas navegar hácia occidente,
Que no imajine que á sus playas vuela,
Y, humedecido el rostro, nuevamente
De una tan larga ausencia no me duela,
Clamando: « ¡ Ai ! ¡ quién de la dichosa gente
A la que será dado contemplarte,
Idolatrada patria, fuera parte ! »

Y tú que te despides, á la fria
Luna dando lugar, y al hemisferio
Opuesto occidental llevas el dia,
Rei manifiesto del celeste imperio;
Saluda, oh sol, por mí á la patria mia,
Y dí que un hijo desde suelo iberio
Tierna memoria le envió contigo,
Y te hizo de sus lágrimas testigo.

A UNA ESPADA

Un tiempo, oh insigne espada,
En defensa del honor
Y la libertad amada,
Te esgrimió el mismo Valor
Con mano jamas domada.

Desde tu primer ensayo,
Fuiste por siniestra lumbre
Relámpago que desmayo
Dió á la opuesta muchedumbre,
Y al herir certero rayo.

¿Qué doble templado escudo
O de malla fina cota
Jamas resistirte pudo,
Sin quedar abierta y rota
Por tu hendiente filo agudo?

Diga el sonoro clarin
De la Gloria cuánta hazaña

Ejecutaste en Junin,
Y allí do el poder de España
Tuvo para siempre fin :

Cual degüella inermes reses
De ayuno leon la saña,
Como en los ardientes meses
Del segador la guadaña
Corta las espesas mieses;

Rejida por mano fuerte,
Asimismo tú veloz
Cuellos segabas de suerte,
Que la misma fatal hoz
Pareciste de la Muerte.

Y de tu sedienta hoja
La enemiga sangre fué
Una nueva vaina roja,
De que alguna mancha fé
Da, que aquí y allí te enroja.

¿Ni esto, espada, ni el ser hija
De las fraguas de Toledo
Bastaron á que te aflija,
Dando ya pena y no miedo,

Fortuna ménos prolija?

De tu heróico dueño el fin
Te condena á olvido oscuro,
Y en ocio torpe y rüin,
Pendiente de servil muro,
Te envuelven polvo y orin.

Y la ingrata incuria deja
Que en tus embotados filos,
Y dorado pomo teja
Y estienda Aracne sus hilos;
Mas quien tan poco semeja

A su padre esclarecido
Y mas que al virtuoso Marte
Sigue á Vénus y á Cupido,
Es bien que de sí te aparte
Y te tenga así en olvido;

Y que de verte se ofenda
Quien solo de fácil juego
Lidia en infame contienda,
En donde, demente y ciego,
Pierde la heredada hacienda.

AL PERÚ

No tanto el rico abono te insolente
Que hoi tan famosa te hace cual ya el oro,
Que no es eterno, oh patria, tal tesoro
Y su fin aceleras imprudente.

De haberlo poseido vanamente
Te ha de quedar entónces el desdoro,
Y la miseria y el inútil lloro
Del que en hora tardia se arrepiente.

Que, aunque mil fuentes de riqueza tienes,
Todas por ésta tu confianza olvida,
Con que justo será que luego penes.

Teme que cuenta el Creador te pida
De tantos raros malogrados bienes,
De que indigna la tierra te apellida.

AL NUEVO MUNDO

No el que su nombre lleves esplendente
De tu descubridor falta al renombre,
Pues su gloria, mayor que la del hombre,
No es posible con nada que se aumente.

A tí, ingrato moderno continente,
Es á quien falta su divino nombre,
Que, pues no hai quien del tuyo no se asombre,
Brilla en su ausencia misma mas patente.

A tamaña vergüenza al fin te niega;
¡Así mas blando y compasivo serte
A Dios, contigo hoi tan airado, plega!

Y de América el nombre que la suerte
Poner te quiso caprichosa y ciega
De Colombia en el nombre ya convierte.

A UN CÓNDOR ENJAULADO

Un tiempo allá en el suelo americano
Te aclamaba por rei la alada plebe,
Y de los Andes la mas alta nieve
Atras dejabas en tu vuelo ufano :

El espacio sin fin del aire vano
Era tu imperio; mas en cárcel breve
Hoi en vano tus alas alza y mueve
Tu no perdido instinto soberano.

¡Cuánto, al mirarte, oh cóndor, me apïadas
Preso y en suelo, como yo, extrangero!
Mas yo pronto á las playas adoradas

De mi dulce Perú volver espero,
Y tú, blanco curioso á las miradas,
Ausente morirás y prisionero.

AL PERÚ

Mayor eres tú sola, patria mia,
Que juntas Francia, España é Inglaterra;
Pero mas moradores sola encierra
Que tan vasta rejion Lóndres sombria.

Mas, aunque estás de gente tan vacia,
Con tu eterna discordia y cruda guerra,
Tu cuanto grande solitaria tierra
Mas despueblas tú propia cada dia.

Es tiempo ya que tu furor acabe,
Por el arado y hoz la espada olvida,
Y un asilo pacífico y süave

Al mundo antiguo ofrécele y convida,
Que de la gente que ya en él no cabe
Toda te pueble y mande nueva vida.

A ESPAÑA

¡Con cuán fiel semejanza, oh dulce España,
Tú sobretodo, bella Andalucia,
Me representas á la patria mia,
Cuyo recuerdo siempre me acompaña!

Tanto tu idioma al peregrino engaña,
De tus hijas la gracia y gallardia,
Y de tu puro cielo la alegria,
Que tal vez no se juzga en tierra estraña.

Mas ¡ai! el llanto á su pupila asoma,
Y se aflije de nuevo el pecho amante,
Cuando, advirtiendo en breve su error vano,

Ve que, aunque en claro cielo, dulce idioma
Y bellas hijas á él tan semejante,
No es este suelo al fin suelo peruano.

A MÉJICO

Desgraciada Nacion, tan solo rea
De ser menor en armas y pujanza,
En cuya reconquista hoi la Europea
Codicia y Ambicion hacen alianza;

No el universo sucumbir te vea
Cual res cobarde, sin blandir la lanza;
Y entra en la fiera desigual pelea,
Aunque del triunfo falte la esperanza.

Cae á lo ménos con honor y gloria,
Y en el mayor conflicto nunca olvides
Que es la lucha el deber, no la victoria;

Mas, si defensa al patriotismo pides,
Tal vez en tí renovará la Historia
De Salamina y Maraton las lides.

A MI PATRIA

¡ Ah ! ¿ por qué tanto distas, patria mia ?
Y ¡ cuánto es el rodar aun de la nave
Que el vapor mueve, perezoso y grave
Al ardor con que tu hijo verte ansía !

Me será siglo eterno cada dia :
¡ Quién tornarse pudiera veloz ave !
O ¡ por qué el hombre aún viajar no sabe
Del éter vano por la inmensa via !

¡ Si por májica fuerza sobrehumana,
En el seno dejándome hoi el sueño
De la francesa capital, mañana

Me despertara, ¡ oh dicha ! el halagüeño
Acento maternal, y con ufana
Planta hollara el feliz suelo limeño !

A DIOS

Despierta y apercibe
La llama toda que en tu pecho vive,
Tu esfuerzo dobla y tu valor, oh Musa,
Por que con canto mas sublime y grave
Que confiar á los vientos tu voz usa
Hoi á cantar á tu Señor te atrevas.
¡Quién á mi labio enseña voces nuevas
Dignas de su poder, con que le alabe,
Y cantos no escuchados todavía!
¡Quién en su vuelo audaz venciendo al ave
Que mas lejos se encumbra
Del cielo azul por la infinita via,
Y, atras dejando la inflamada esfera
Del alto luminar que nos alumbra
Parara en Sion gloriosa la carrera,
Y, oyendo allí á los célicos cantores,
Del Eterno aprendiera los loores!

O ¡quién hai que la cítara me preste

Con que el real profeta
Los obras del Señor magnificaba
En número celeste,
Que de igualar soberbio no se alaba
Acento alguno de mortal poeta,
Por que tambien mi verso
Magnificar pudiera tu universo!
Pero ¿cuál, entre tantas que mis ojos
Miran, competidoras maravillas,
Hijas, Señor, de tu creadora mano,
Celebrará mi labio la primera?
¿Retrataré el vastísimo Oceano,
Que ya lame apacible sus orillas,
Ya se hincha y se revuelve y ruje insano,
Amagando cubrir la tierra entera,
Salvadas sus señales? ¡vano miedo!
Que, como de diamante alta barrera,
Bien le aprisiona la invisible raya
Que tu potente dedo
A sus furores senaló en la playa.

Y ¿qué inmenso guarismo
Abarcar jamas pudo
El escamoso mudo
Vulgo que no respira,
Habitador de su insondable abismo?

Desde el pintado pececillo leve
Que libre nada y jira
De diáfano cristal en cárcel breve
Hasta el tremendo Leviathan jigante,
A viviente navio semejante
O á isla que se mueve :
Arde, á su paso, el piélago, y se altera
Como hirviente caldera,
Y en riza espuma se dilata cano
Como la cabellera de un anciano.

¡Cuán sublime la mar! ¡Cuál de su abierta
Ancha llanura, en términos incierta,
Al grandioso espectáculo, en mi mente
De tu inefable inmensidad, Dios mio,
El sin igual concepto se despierta!
Y siempre que del puerto el ágil vuelo
Me aparta del navio,
Cuando interpone la distancia un velo
Que me encubre las costas, y do quiera
No se divisa sino mar y cielo,
El interior reposo
¿Quién describir pudiera,
Y el hondo sentimiento misterioso
De que me siento todo poseido?
Pues entónces, Señor, en tu recuerdo,

Como pez en el mar, nado y me pierdo,
Y del mundo y de mí me ocupa olvido.

¡ Quién como tú, Señor ! pues, aunque sea
Grande y ancha la mar á maravilla,
Entre sus playas cabe,
Y todo en torno mídela y pasea
El hombre osado con la aguda quilla
De leve frájil nave
Que á su ribera aborda mas remota;
Mas en tu inmensa idea,
Océano sin fondo y sin orilla,
Con quien es breve gota
El anchuroso reino de Neptuno,
Se aniega del pensar la navecilla.

Mas ¿de qué material tu mano labra,
Señor, tales portentos? De ninguno
Has menester : fecunda tu palabra
El seno oscuro de la Nada inerte,
Que inagotable de engendrar no cesa,
Con portentosa priesa,
Mundos tras mundos, hasta
Que tu imperiosa voz le diga : *basta.*
Como al soplo del viento,
Saltan sin cuento mínimas centellas

De las ardientes brasas,
Así á tu soplo el vasto firmamento
Se tachonó de estrellas
Y fulgentes luceros que no tasas,
A cuyo claro innumerable cuento
Las llanuras del cielo son escasas
En las serenas puras noches bellas
Que da eterno verano
Al suelo tropical americano.
Pero si tantas con la sola vista
Mudo de asombro veo
Aun mas mira el cristal de Galileo
Por el que el alto cielo ménos dista.

Con ellos en el sol creó tu diestra
Tu mas sublime espléndido trasunto,
Que á nuestros ojos hechizados muestra
De tus divinas obras el variado
Armonioso conjunto;
Alma de lo creado,
Sin el cual la terraquea mansion nuestra
De la vida privada fuera al punto,
Y á ser pasara de jardin ameno
Informe masa de infecundo cieno.
Y la luna creó, del sol hermana,
Quieta callada lámpara nocturna

Que en alumbrar la humana
Mansion terrena con su hermano turna;
Al caminante grata
Y á triste solitario peregrino,
Que, en nocturno camino,
Su hermosa faz de plata
Sin cesar considera,
Y la juzga celeste compañera;
¡De arrobo cuántas horas y consuelo
Mi corazon la debe!
¡Cuánto mirarla pláceme sin velo,
De la mitad del cielo enseñoreada,
Vistiendo el llano con su luz de nieve
Y derramando luminoso hielo
Que penetra hasta lo íntimo del alma
Y del dia el ardor serena y calma!

Y así cual sin afanes ni tarea,
Ni sombra de contraste,
Tantas obras creaste,
Y te bastó decir : *el mundo sea*
Para que el mundo fuese,
Así fuerza será que de la nada
Al hondo seno maternal regrese,
Cuando *falte* decir fuere tu agrado,
Pues tu querer tan solo omnipotente

Lo creado sustenta eternamente,
Y dél el Universo está colgado.

Como mirar entretenido suelo
Vano aereo palacio
Que tal vez el acaso caprichoso
Edifica de nubes en el cielo,
Y repentino viento en breve espacio
Lo deshace veloz y desordena,
O cual frájil arena
Con que levanta torres un infante
Que derriba su mano en el instante,
Así tú el dia del final jüicio
Del orbe destruirás el edificio.

Pestes y hambres serán, y universales
Asoladoras guerras
De tan terrible dia las señales;
Y, cubriéndose sol y estrellas puras,
Se quedará la Creacion á oscuras;
Sus olas empinando como sierras,
Tan horrendos bramidos
Levantará la mar embravecida,
Que de pueblos distantes
Con espanto mortal serán oidos,
Y del lindero al fin tendrá salida

Que traspasar no pudo jamas ántes;
Y, en continuo vaiven, de polo á polo
El globo temblará como un navio
En mar airada que alborota Eolo;
Y todo habrá de ser horror y asombros,
Hasta que aquél que aquí profetizólo
Del incendiado mundo á los escombros
Baje en toda su gloria y poderio
En trono de diamante sustentado
De ángeles inflamados en los hombros,
A juzgar á los vivos y á los muertos,
Con la trompeta del querub despiertos.
¿ Quién entónces podrá de tu hijo augusto
Sin mortales desmayos
El rostro contemplar? de sus jiradas
Iracundas miradas
¿Quién podrá resistir los claros rayos?
A su presencia temblará hasta el justo
Cuya vida jamas manchó pecado,
Y el mártir temblará de espanto lleno;
Y, si aun él temblará, ¿cuál del malvado
Habrá de ser la confusion y el susto?
Cuando, apartado á tu siniestro lado,
De aquella voz el espantoso trueno
Oiga sonar, y el fallo inapelable
Que al inflamado seno

Lc lanze del infierno, cuyas puertas
Jamas serán por tu venganza abiertas;
Donde siempre á la Muerte en vano pida
Que su tormento acabe sin par fuerte,
Que, infeliz ó dichosa, toda vida
Durará eterna, y morirá la Muerte.

Mas, miéntras llega el postrimero dia,
De tus justicias el rigor tremendo
Tal vez recuerdos suyos nos envia;
Como cuando al ruinoso terremoto
Mandas, que veloz llega de repente
Con sordo oculto estruendo,
El alma mas valiente
Llenando toda de pavor ignoto :
El suelo como el mar se hunde y levanta,
De la cima á la planta
Se mira vacilar la excelsa torre;
Huye de muros el recinto estrecho
Y suspendido peligroso techo,
Y á las plazas y campos rauda corre
En confuso tropel la triste gente,
Que, de espanto amarilla,
Misericordia conclamando, el pecho
Se hiere con crüel mano frecuente
Y dobla en tierra humilde la rodilla,

Arrepentida en clamorosos gritos
Confesando sus culpas y delitos;
Pues conoce en tal trance que su grave
Delinquir obstinado así castigas,
Al fin cansado de aguardar con suave
Larga paciencia que sin dura pena
De sus traidoras obras enemigas
El amor solo la cadena acabe;
Contrita queda y de escarmiento llena,
Y tu eterna lei santa
Breve tiempo siquiera no quebranta :

O como cuando sueles
Recorrer los espacios celestiales
En tu lijero reluciente coche
Que arrebatan sonantes vendavales,
Tus alados prestísimos corceles.
En triste negra noche
Se convierte el alegre claro dia;
Como cañon retumba el ronco trueno,
Los relámpagos brillan como espadas;
Rasga el cielo y vacia
Sus hondas cataratas : guarda el seno
De la tierra á las fieras espantadas.
Mira el villano, de defensa ageno,
Sus futuras cosechas

Que cual presentes la esperanza goza
Anegadas, deshechas,
Miéntras el techo frájil y pajizo
De su apartada choza
Apedrean las nubes con granizo.
Mas, deponiendo tu irritado ceño,
Con la luz nos devuelves la esperanza
Y despliegas del uno al otro lado
Del éter serenado,
Como señal segura de bonanza,
El hermoso risueño
Arco listado de colores siete,
Que, recordando la feliz alianza
Que con Noé ya hiciste, nos promete
Que nunca otro segundo
Diluvio de agua ha de inundar el mundo.

Tuya es, Señor, la tarde,
Cuando, al tocar la cotidiana meta,
Entre las olas arde
El rojo disco del mayor planeta :
Entónces de la sacra Ave Maria,
Con sus lentos clamores, la campana
Llorar parece el moribundo dia;
Cesa el duro trabajo, y al reposo
Se da y al sueño la familia humana,

Y queda el mundo oscuro y silencioso:
Tuya es tambien la aurora,
Cuando del sueño el mundo resucita
Y el santo bronce con su voz sonora
Al hombre llama á tu mansion bendita,
A darte humildes gracias en tal hora,
En que en la dulce vida
Aun conservarnos bondadoso quieres.
Y con nuevo vigor á la faena
Por la pasada noche interrumpida,
Ya torna cada cual; y do quier suena
El rumor de oficinas y talleres.

Tú en soberbias montañas empinadas
Que esconden su cabeza entre las nubes
Ya nuestro globo elevas,
Ya le bajas en valles y quebradas
Que hasta el centro profundo
Parecen descender del bajo mundo,
Por que así con escenas siempre nuevas
Se deleiten del hombre las miradas;
Tú con puro inexhausto licor frio
Las hondas fuentes cebas;
Por tí nunca de andar se cansa el rio
Que viaja sin cesar al oceano,
Y nuestra vida rápida retrata,

Ni, cual sierpe de plata,
Si tú no le movieses,
Por el florido matizado suelo
Fuera el alegre músico arroyuelo
Haciendo hermosas platëadas eses:
Tú cubres de la tierra la ancha espalda
Con rico manto de verdor y flores
De púrpura, de nieve, turquí y gualda
Y de todos matices y colores:
Tú la verde esmeralda
Escondes en su seno, y el diamante
Que al sol hurta sus claros resplandores,
Rei de las otras piedras arrogante,
Y cuanta fina piedra hermosa brilla
Azul, roja, morada y amarilla.

¿A quién del vulgo alado debe parte,
Si no á tu diestra sola
La armónica garganta,
Y el canto que igualar no pudo el arte
Con que hinche de dulzura la arboleda,
Cuando el alba los cielos arrebola?
Y al hermoso pavon, porque no canta,
Vistes con fina matizada seda
Y pintas de su cola,
Sembrada de ojos mil, la vasta rueda.

Que se abre cual magnífico abanico
De pedrería salpicado y rico.
Mas, aunque tan hermoso, no presuma
La palma merecer de beldad suma :
Al picaflor la ceda,
Al picaflor que abeja ó mariposa
Imita por lo breve y, al par de ellas,
Del nectar se sustenta de las flores,
Y en esmaltada pluma
Es, como la menor, la mas hermosa
Entre las aves de la tierra bellas;
Pues tan vivos le das varios colores,
Que en su vuelo remeda,
Si en la tornasolada ardiente seda
Duplica el sol su brillo,
Alada joya viva ó pajarillo
De fina pedreria
Do lucen cien colores á porfia.

Por tí, Señor, los vientos fujitivos
En sus vuelos altivos
El águila soberbia desafia,
Que tan veloz hasta los cielos sube,
Lanzando ronco grito,
Cual baja el rayo de la negra nube,
Y á sus agudos ojos solamente

Mirar de hito en hito
Su deslumbrante luz el sol consiente;
Pero no porque sea alto copete
De su cabeza natural diadema,
Blasone que del aire le compete
La autoridad suprema :
Reina ya fué del pueblo alado aerio;
Mas, apénas el nuevo indo hemisferio
Sus incógnitas aves mostró ufano,
Cedió al peruano cóndor el imperio;
Que á la misma rejion donde tu mano
La menor ave cria,
Que arriba retrató mi poesía,
Dar así tambien sabes
Esta que la mayor es de las aves.
Y entre tan apartados
Desiguales extremos,
Los infinitos progresivos grados
Todos que los separan te debemos.

Del bravo toro tú la frente dura
Armas de agudas hastas;
Y el enorme elefante larga trompa,
Entre torcido par de albos colmillos,
Dobla por tí, y en sus espaldas vastas,
De las bélicas marchas en la pompa,

Lleva pobladas torres y castillos,
Moviendo con pisadas
Lentas y majestuosas la gran mole,
Que en dos gruesas columnas animadas,
Móvil fábrica viva,
A cada lado gravemente estriba.

Das á la hiena temerosos ojos,
En viva sangre rojos;
Al viajero camello,
Nave de los desiertos, largo cuello,
Y breve monte copias en su jiba;
Del tigre y la pantera tus pinceles
Pintan á manchas las hermosas pieles;
Y á tí debe el leon su frente altiva,
Y su roja melena,
De su cabeza natural corona
Que por rei de las fieras le pregona,
Y que, airado, sacude y desordena,
Y á los roncos rujidos
Con que la selva atruena
Tiemblan los animales pavoridos.
Alada diste presurosa planta
Y de ramosa cornamenta el alto
Adorno al vividor medroso ciervo,
Que de su propia sombra huye y se espanta;

Paciencia de que nunca se vió falto
En su eterna tarea,
Al torpe asno, del hombre humilde siervo;
Y valor al caballo y hermosura,
En cuya espalda aquél viaja y pasea,
Y se acompaña de él en la pelea,
Sin que ni espada ni cañon sujete
Al generoso bruto, que procura
Segundar de tal modo á su jinete,
Y su accion por la suya así modela,
Obediente ora al freno, ora á la espuela,
Que juzgarse pudiera verdadero,
Cual del indio espantado el simple engaño
Ya lo juzgó, que un solo ser extraño
Forma con el caballo el caballero.
¿Mas qué diré del can, entre animales,
De tu bondad clarísimo testigo,
Espejo de leales,
Del hombre fiel inseparable amigo,
Y valiente guardian de sus umbrales?

Tu poder y sin par sabiduría
Resplandecen do quiera; y á porfia,
Desde el humilde lirio
Que en el valle se oculta hasta el fulgente
Astro remoto, y desde el vil insecto

Al alado cantor del cielo empirio,
Narrándolas están en elocuente
Sempiterno pregon todos los seres,
Contentos igualmente de tus dones;
Mas tales perfecciones
Las demas perfecciones de que lleno
Estás no eclipsa, y, pues no ménos eres
Que poderoso y sabio, dulce y bueno,
Débate mi dolor que escuches pio
La ferviente oracion del labio mio.

Los ojos vuelve á mi adorada tierra,
Mansion antigua de fraterna guerra,
Desventurada madre cuyo seno,
Como de sierva ruin, hiere y maltrata
De sus hijos la torpe mano ingrata.
De la Discordia insana pronto freno
Pon á las iras; el Orgullo loco
E hidrópica Ambicion nunca contenta,
A quien la sed el refrigerio aumenta,
Y el mundo todo es poco,
En este suelo humilla,
Donde la igual República igualmente
A todos todo ambicionar consiente :
Tu diestra ensalze á la suprema silla
Modesto ciudadano

Que ame la patria con amor romano,
Y de sus males con verdad se duela;
Del bien propio olvidado, le desvela
Por el público bien á cada hora,
Y de la faz divina le enamora
De la santa Virtud y del Derecho;
Con tu cierta doctrina
Nuestros lejisladores ilumina,
Y santifica con vigor su pecho,
Por que del engreido mando injusto
Al despótico gusto
No los rinda temor ó vil provecho;
De parecer se afrente compra y venta
La Justicia avarienta;
No de las mismas manos desleales
En que es mengua mayor tanto delito,
Con descaro inaudito,
Presa sean los públicos caudales;
No, como en pueril juego, enseña y parte
Cambiando siempre esté quien sigue á Marte,
Ni de tu santa Relijion en mengua,
Destruya tu ministro con su ejemplo
Cuanto en el sacro templo
Al pueblo predicó su indigna lengua.

Y, pues fué la familia

El fundamento siempre del estado,
De las mujeres la flaqueza auxilia,
En que de aquélla el peso está fundado:
No, el comun vituperio
Menospreciando, incierta haga la prole
El infame adulterio;
De la vírjen sencilla
El pudor arrebole
La modesta mejilla
A una sola mirada ménos casta;
Huya del peligroso galanteo
Y vano juego de vulgar Cupido,
Que la virjinidad del alma gasta
Que zeloso reclama el Himeneo;
Ni á un acento amoroso
Abra nunca el oido
De quien no le destine para esposo
La paterna eleccion y su deseo.

No en su ciega fatal idolatria
La madre al hijo engria
Con el regalo que afemina el alma,
Del orgullo y capricho la hace sierva
Y el cuerpo sin salud postra y enerva;
Ni el exceso enemigo
De su ternura impune deje ahora

La falta de otras mil engendradora,
Sin el justo benéfico castigo.
Y, si en el labio maternal aduna
La dulce Persuasion todo su encanto,
Inspírele con él desde la cuna
El amor de la patria sacrosanto;
Y con las madres de la antigua Esparta
La alabanza comparta,
Y aun les gane de fuertes la corona,
Cada peruana varonil matrona.

Tú quisiste que grande entre Naciones
La hermosa tierra de los Incas fuera:
¿Mas, dí, no la colmaste de tus dones
Que otra cualquier rejion del Nuevo Mundo,
Y aun de la tierra entera?
¿Claro ingenio no diste á sus varones?
¿El suelo no blasona mas fecundo
Que el sol en ambos mundos considera?
¿Do quier antigua fama no relata
Que de sus generosas
Inagotables minas
Con el oro y la plata
Enriquecerse pudo el universo?
¿No la privilejiaste con tesoro
Que las aves tribútanle marinas,

Y cuyo humilde nombre al grave verso
Veda decir poético decoro,
Mas de la plata y oro
En valor y en estima no diverso?
Mas de tales presentes
Y otros mil á que el labio viene escaso
Que contarlos procura ¿te arrepientes?
¿Cambiarse pudo tu designio acaso?
De nuestro llanto y afliccion te apiada,
Y compasivo mira
Cuán larga edad el peso de tu ira
La dejara á sí sola abandonada.
Alárgale, Señor, la diestra fuerte,
Y del profundo abismo
Do la infeliz perece, la levanta;
Deja que cumpla la gloriosa suerte
Que le quisiste señalar tú mismo
Al darla dones con largueza tanta.

Y, si despues de haber alzado el ruego
Por la patria infeliz, sin desacato
Me es dado por mí propio alzarlo luego,
De la muerte, Señor, vivo retrato
Mírame, cuando apénas
De la mitad primera me despido
Del lustro quinto de mi vida, grato

Tiempo para otros, al amor debido,
Mas, como la vejez, lleno de penas
Para el que lento mal mina y devora;
De Hipócrates al arte
Demandé en vano mi remedio; en vano
Lisongera esperanza engañadora
De que á tornarme la salud perdida
Dejar el patrio clima fuera parte
Me hizo sulcar el húmedo Oceano;
Ni así consigo que de mí se aparte
Mi extraño mal; para tornarme sano,
Dáme tu voluntad, sola bebida
Que devolverme puede ya la vida.

Baje á mis preces tu piedad su oido
Y la salud inspire en mí tu aliento;
Mas que para mí propio y mi contento,
Para mi cara patria te la pido.
No me dejes morir tierno mancebo
Que nada hacer en su servicio aun pudo,
Y en mí robusto pon un hombre nuevo
En quien el cuerpo fuerte
Sea del alma fuerte arma y escudo,
Ni en ocio ignoble la mantenga inerte.

Bien sé que estás, Señor, de mí ofendido,

Y son tan numerosos mis pecados,
Vuelta en naturaleza la costumbre,
Que es fuerza que en el seno del olvido
Los sepulte su misma muchedumbre
Y robe á mis solícitos cuidados;
Mas ¿qué gran pecador que arrepentido
A tí volviera, halló jamas cerrados
Los brazos que en el áspero madero
Abriste á recibir al mundo entero?

1858.

A LA VIRGEN

I

¿Qué loor hai que te cuadre,
Reina de la empirea corte,
Hija del eterno Padre,
Del Paráclito consorte,
Y del Verbo vírgen madre?

Tú á quien, aunque hija de Adan,
De emperatriz nombre dan
Los nobles hijos del cielo,
Y atentos en santo zelo
A tus preceptos están;

Tú que eres ¡en tal manera
De Dios la gracia en tí abunda!
La criatura primera
De la creacion entera,
Y á Dios tan solo segunda;

Sublime María, nueva
Mayor mejorada Eva,
Segunda madre del hombre,
¿Qué honores hai que á tu nombre
Agradecido no deba?

Rompiendo antiguo contraste,
Tú con Dios emparentaste
Al hombre abatido y siervo,
Hermano por tí del Verbo
A que fué tu seno engaste.

Por especial gracia y acto
De la paloma celeste,

Entra el Verbo á tomar veste
Humana en tu vientre intacto,
Sin que tu candor te cueste;

Como, dejándola entera,
Y sin teñirla siquiera,
El puro rayo solar
Entra á cerrado lugar
Por transparente vidriera.

De la tartarea serpiente,
De nuestras desdichas fuente,
La altiva cabeza fué
Quebrantada eternamente
Por tu delicado pié;

Pagando así el fiero mal
Que irreparable en Eden
Hacernos quiso, y del cual
Supo sacar mayor bien
La clemencia celestial:

De tí la mujer se alaba
Que del hombre vil esclava
En todo el mundo ántes era,
Y por tí de compañera

Derechos recuperaba :

Con Dios piadosa nos vales,
Si justamente se aíra :
Por tantas gracias y tales,
Toda boca, toda lira
Te celebren peremnales !

II

De los hombres abogada,
Clementísima Señora,
Hasta nuestra postrer hora,
A la Trinidad sagrada
Por todos nosotros ora.

Nunca á tí se alzan en vano
Nuestras aflijidas voces,
Que los mas duros y atroces
Modos del dolor humano
Por larga prueba conoces.

Tu ruego, madre, socorra
A los que, léjos del grato

Humano consorcio y trato,
En negra húmeda mazmorra,
Del hondo Averno retrato,

Viven años prisioneros;
A los nocturnos viajeros
Que no dan con su camino,
Y del ladron ó asesino
Temen los asaltos fieros;

A los huéspedes del mar
Que, á punto de naufragar,
Al cielo trémulas manos
Y agudos clamores vanos
Alzan todos á la par;

Al que desde playa agena
Mira llorando la nave
Que zarpa á la patria arena,
Adonde destierro grave
A no volver le condena;

A los pacientes soldados
Que, alegres y denodados,
En defensa de su tierra,
Van á morir á la guerra

A millares y olvidados;

Al que con las ansias ya
De muerte, temiendo está
Del sumo Juez la sentencia,
Y á su terrible presencia
Presto comparecerá;

No te olvides de la viuda,
De crecida prole ayuda,
Que, en medio á pobreza acerba,
Casto su lecho conserva,
Y el antiguo amor no muda;

Ni del padre á quien están
Con voz y ansioso ademan
La consorte y el enjambre
De hijuelos, pálidos de hambre,
Pidiendo un trozo de pan.

Ruega por el ternezuelo
Infante que aun por el suelo
Con manos y pies se arrastra,
Y por rigor de madrastra
Trueca materno desvelo;

Por la simple niña hermosa
Burlada de amante aleve,
Y que madre, mas no esposa,
A la gente no se atreve
A mostrarse vergonzosa;

Por el que un delito, falso
O verdadero, condena
De muerte á la injusta pena,
Y que ya sube al cadalso
En plaza de gente llena;

Por el pueblo donde impera
La voluntad altanera
De coronado verdugo,
Y por el que oprime el yugo
De una nacion extranjera.

Débante preces constantes
Las repúblicas infantes
De que mi patria ¡ ai! es una,
Víctimas desde la cuna
De discordias incesantes.

Pues todos tus hijos son,
Ruega por los de nacion

Color y culto diversos,
Por los justos y perversos,
Por todos sin escepcion.

III

Puerta de los cielos ancha,
De toda virtud dechado,
A quien el Terno increado
Sola exentó de la mancha
Del orijinal pecado;

Pura fuente cristalina
De nuestra vida en los yermos,
De gozo secreta mina
A los tristes, medicina
Y salud de los enfermos;

Mi viciosa juventud
Enmienda, y haz que me inflame
El amor de la virtud,
Contento y paciencia dáme,
Y vuélveme la salud.

Mas, si en juventud tan tierna
Muero, oh madre, tu oracion
De tu hijo alcanze el perdon
De mis culpas, con la eterna
Anhelada salvacion:

1857.

A MI ALMA

Alma que en cadenas graves
Vives triste é infeliz,
Y ya en tu prision no cabes,
Como el ave, de las aves
Coronada emperatriz,

Que, aprisionada, no deja
Su altivo instinto rëal,
Y aletëando forceja
Por romper la dura reja
De su cárcel de metal;

De tu triste hermano, á quien
Casi moribundo han puesto
Tu inquietud y tu desden,
Piedad generosa ten,
Ni quieras romper tan presto

La misteriosa lazada
Con que la mano de Dios,
Al enviarte desterrada
A esta doliente morada,
Un ser formó de los dos.

Calma ese encendido anhelo,
Sufre esa angustia mortal;
De Dios aguarda el consuelo
De desplegar libre vuelo
A la patria celestial.

1859.

SUEÑO DE UN MALVADO

Durmióse; y al profundo abismo luego
Le parece que baja despeñado,
Donde castiga inextinguible fuego
A cuantos mueren en mortal pecado,

Y tan reales las penas son y atroces,
Que las mayores penas terrenales
Son tan sólo ilusiones, dulces goces
Junto á aquellos tormentos sin iguales.

Él, á quien enseñó Filosofia
Morir las almas con los cuerpos, él,
Que, al nombrarse el Infierno, sonreía,
Ya se mira en los reinos de Luzbel.

¡ Ai ! ¡ qué voces extrañas, ¡ aí ! ¡ qué lloro
Desesperado hiere sus oidos !
¡ Ai ! ¡ qué confuso ensordeciente coro
De gritos, de blasfemias y jemidos !

De sus maldades los ministros mira
Padeciendo tormentos infinitos;
Y le miran y nómbranle con ira
Y se excusan con él de sus delitos.

De hirsuta cola y retorcido cuerno,
Ya le circunda enjambre numeroso
De los feos señores del Infierno,
Mas feroces que toros en el coso.

Y en sus sensibles carnes delicadas,
Tan hechas al regalo y los abrazos,
Clavan garras agudas como espadas,
Donde sangrientos quedan los pedazos.

Prueba de ellos á huir; y á cualquier lado
Un furioso demonio halla delante;
A sus huesos cual túnica pegado,
Le ciñe voraz fuego penetrante,

Cuyo incendio con tal viveza siente
Que súbito del sueño se recuerda,
Dando por el terror diente con diente,
Temblando todo cual herida cuerda.

1858.

A DIOS

¿Porqué mis preces, Dios mio,
De elevarse á tí no cesan,
Para que alivies piadoso
De mi cuerpo la dolencia?
Mas alto bien noche y dia,
Merced que mas aprovecha,
Con mas encendidas ansias
Implorar de tí debiera :
Que sanes el alma mia,
De tantos vicios enferma,
Y sin cesar poseida
Del tedio y de la tristeza.

1858.

EL DESAHUCIADO

Bien conoce el alma triste
Que pronto en el mármol frio
Dormiré el sueño postrero,
Pues, aunque del compasivo
Sabio, que en mi bien se afana,
El labio aun no me lo dijo,
Dias ha que mudamente,
Con el manifiesto signo,
Me lo está siempre diciendo,
Del semblante dolorido,
Ahuyentador de esperanza,
Que muestra al mirar el mio,
Como el rostro de un difunto
Enjuto ya y amarillo,
Y al acercar á mi pecho
El atento hábil oido,
Mi pecho para el que fiera
Lanzada es cada respiro,
Y por donde huye mi vida
De sangre en copiosos rios.

¡Oh! Dios mio, ¿qué te hice,
Para que así en lo florido
De mis verdes años quieras
Cortar de mi vida el hilo?
Si era fenecer tan jóven
De mi hado decreto antiguo,
Mas valido á fé me hubiera
El no haber jamas salido
De los senos de la Nada,
Donde dormia tranquilo,
Hasta que tu omnipotencia
Sacarme á la vida quiso
Sin que yo te lo pidiera,
Ni pudiese consentirlo!
¿Porqué cumplir no me dejas,
Oh rei del cielo, el destino
Que, al ponerme en este mundo,
Me señalaste tú mismo?
¿Para qué, dí, me creaste,
Si para vivir no ha sido?
Aun no he vivido : consienta
Que viva tu justo arbitrio;
Aun no amé, aun no he sido amado,
Aun de mi patria en servicio
Nada hacer pude, ni el lauro
Glorioso de Apolo ciño.

Mas de querellarse cese
Mi vano labio atrevido :
Tus juicios, Señor, acato;
Pues lo quisiste, convino;
En mí tu querer se cumpla,
Cual tuyo, siempre benigno,
Aunque de crudo rigor
Tal vez con disfraz vestido.

¡ Cuánto con la soledad
Y hondo silencio continuo
Que hai en mi estancia, contrasta
El animado bullicio
Que ofrecen las anchas calles
De que mi hogar es vecino!
Pues mi mal salir me veda,
Desde el balcon pasar miro,
Barajándose confuso,
Inmenso alegre gentio,
Galas vistiendo de fiesta,
Pues es hoi dia festivo :
De mis ventanas en frente,
Se encuentran ya dos amigos,
Y, palma á palma juntando,
Rápido coloquio vivo
Traban, de que sueltas voces

Llegan tan solo á mi oido.
Ya numerosa familia
Pasa; de la mano asidos,
Van delanteros dos bellos
Graciosos rïentes niños,
Y uno de pecho en el hombro,
Durmiendo sueño tranquilo,
Lleva la fuerte nodriza,
Pendiendo á un lado el bracito;
Y al fin del brazo enlazados
Pasan esposa y marido,
En su idolatrada prole
Los atentos ojos fijos;
Y ese gallardo mancebo,
Cuyo aspecto muestra indicios
De que mi propia edad cuenta,
¡Ah! ¡cuánto, cuánto le envidio,
Tan fuerte al verle y lozano,
Salud rebosando y brío!
Con un báculo en la mano,
Pasa ya corvo mendigo,
Que, aunque debió precederme
En el eterno camino,
Por lei de Naturaleza,
Pues ya sobre él pesa un siglo,
Verá mis yertos despojos

Llevar al postrer asilo.
Pero ¿qué miran mis ojos?
Gracia, beldad y atavio
Luciendo ufana doncella,
Alza acaso el rostro lindo,
De la salud en la viva
Alegre púrpura tinto,
Y me mira; mas, al verme,
Retrato de aparecido,
Los ojos aparta al punto
En pronto ademan esquivo,
Donde al espanto se mezclan
De la compasion los visos.
La crüeldad inocente
De tu horror irreflexivo
Te perdono, hermosa jóven:
Sé feliz; mancebo digno
De tu beldad y pureza,
Amante amado, contigo
La excelsa ventura goze
Que yo gozar no he podido!
En lloro ardiente deshecho,
Del balcon el pié retiro,
Que cuantos miro de pena
Y envidia me son motivo,
Y exacerba mi desgracia

El ageno regocijo,
« De la universal ventura
Siendo, sin parte, testigo. »

Nunca como ya que al trance
De la muerte me avecino,
Pareció tan halagüeña
La vida á los ojos mios;
Nunca la lumbre del sol
Tan dulce de ver se me hizo,
Nunca tuvieron las flores
Tan ledos colores vivos,
Tan bellas graciosas formas
Aromas tan esquisitos,
Ni en la humana compañía
Hallé jamas tanto hechizo,
Ni tanto mundanas fiestas
Sedujeron mi albedrio.
¡ Ah! sí, la tierra es ameno
Encantado paraíso,
De amores, fiestas, placeres
Y felicidades rico :
¡ Felices cuantos se quedan
En un mundo tan bendito,
Y triste de mí que en verde
Abril envidioso espiro!

Mas ¿qué profiero insensato?
¿De ser Cristiano me olvido?
En tan profunda afliccion,
En tan horrendo martirio,
Tú sola, religion santa,
Ser puedes mi único alivio.
Sin tí, madre, ¿qué seria
De este moribundo niño?
¡Ai de mí, si verdad fuera
El insensato delirio
De los que matan el alma
Con el cuerpo á un punto mismo,
Y no consienten mas mundo
Que el mundo de los sentidos!
¿Qué fuera de mí en tal trance,
Si á tan triste error impio
Entrada en la ciega mente
Le hubiera yo concedido?
¿Qué pudiera consolarme
De mi bárbaro destino?
¿Cuál fuera mi muerte entónces,
Privada de todo auxilio?
Desesperado, demente,
Y de mí propio enemigo,
Dando furiosos bocados
En mis miembros doloridos,

Con altos gritos muriera,
Ya desde el mundo precito,
Cual del venenoso diente
De rabioso can mordido.
En pensarlo solamente
Me estremezco y horripilo,
Erizáseme el cabello,
Y me inunda sudor frio;
Mas es felizmente un sueño,
Tan mentido como inicuo,
Y tú la verdad eterna,
Sublime dogma de Cristo :
Ven pues, y al doliente lecho,
Donde le aguardo contrito,
Del perdon divino envía
Sacro piadoso ministro;
La dulce imájen celeste,
De moribundos alivio,
Del que, tomando en sus hombros
Nuestras culpas y delitos,
Enclavado en un madero,
Lanza el postrero suspiro,
De su fin con el recuerdo,
Temple y dulcifique el mio;
Consuélame, si del mundo
T... temprano me despido,

Con la infalible promesa
De aquel alto globo empireo
Con el que estéril y oscuro
Yermo es tan solo el que piso;
Háblame de la celeste
Sion, y del gozo infinito
Que será mirar á tantos
Dichosos justos espíritus
Irradïar como soles
Con resplandor inextinto;
Y contemplar rostro á rostro
Al Padre Eterno y al Hijo
Y á la celestial Paloma,
Al Paráclito divino,
Abiertas las blancas alas,
Sobre entrambos suspendido,
Y á la Esposa y Madre Vírgen,
A diestra del Uno y Trino,
En trono que ornan estrellas
Por diamantes y zafiros,
Risueña las alabanzas
Oyendo y gloriosos himnos
Que los angélicos coros,
De su hermosura encendidos
En inmenso amor, le cantan,
Mariposas de su brillo,

Dando de su silla en torno
Perennes rápidos jiros.

1860.

SANTA TERESA

Con voladora pluma que no cesa,
Y ardiente estilo que las almas doma,
La divina Teresa
Los conceptos altísimos espresa
Que le dicta la célica Paloma.

Y sobre los sublimes inflamados
Renglones, suspendidos tras la silla,
Dos ángeles callados
Inclínanse curiosos á ambos lados,
Leyendo con placer y maravilla.

Y, cual de aplauso y de contento en muestra,
Se miran sonriendo entre sí á veces,

Con la inclinada diestra
Mostrando de la mística maestra
Cada alto rasgo, los divinos jueces.

1859.

ANSIA DEL CIELO

Tal vez el cielo, que por noble patria
Confiesa el alma, y sin cesar la llora,
Doloroso contemplo y pensativo,
Desde este triste valle de miseria
Do prisionero vivo;
Cual desde orilla mora,
En encendidas lágrimas deshecho,
Mirar solía el Español cautivo
Los verdes campos de su patria Iberia,
Al otro lado del hercúleo estrecho;
Y, cual sus lazos destrozar ansiaba
Para volver nadando á sus hogares,
Las cadenas romper de la materia

Así entónces anhela el alma esclava,
Desnudándose fuerte
Del natural espanto de la muerte.

NOBLEZA DEL HOMBRE

Como el hijo infeliz de rei potente,
A quien robaron niño los jitanos,
A paises llevándole lejanos,
Aunque se mira entre la baja gente,
Que con nombre le engaña de pariente,
De ella en vivir y en traje no distinto,
Guarda nobles reliquias y memorias
De las paternas glorias,
Y á grandes cosas el real instinto
Le alienta y mueve de su estirpe clara;
Así el hombre, aunque en este humilde valle
De miserias y lágrimas se halle,
No le tiene por patria, pues divino
Instinto le declara
Que de mejor dichoso mundo vino,

Donde volver al fin es su destino,
Y á la alta empresa santa
De conquistar el cielo le levanta.

En los afanes del terrestre viaje
Os dé noble consuelo,
Miéntras el tiempo llega del reposo,
Oh infelices humanos,
Saber que sois de celestial linaje,
Que es vuestra patria el cielo,
Dios es vuestro comun padre glorioso,
Y los ángeles son vuestros hermanos.

A UN NIÑO

MUERTO RECIENNACIDO.

Oh niño bienhadado,
Cuyo vivir acaba cuando empieza,
¡Cuánto eres, cuánto del Señor amado!
¡Por qué el destino mismo

No me cupo! y apénas del bautismo
Bañando el agua santa mi cabeza,
Mi alma limpió de orijinal pecado,
¡Por qué, cual tú, difunto
No me quedé en tan venturoso punto!
Volara entonce á la celeste esfera,
Sin que breve tardanza
Diera á mi vuelo rápido siquiera
El temporal infierno
De donde no está ausente la esperanza,
Ni el peligro corriera
De las horrendas llamas del eterno;
Ni la desconfianza,
Y el desengaño entónces, y el hastío
Y la melancolía,
Ni la ambicion funesta, noche y dia,
Afiijieran el triste pecho mio,
Ni de otros males mil el vulgo impío,
Que en larga cruda muerte
Mi existencia misérrima convierte.

EL PECADOR A DIOS

¿Cuándo será que me infunda
Su gracia Dios eficaz,
De la costumbre tenaz
Para romper la coyunda?
Naturaleza segunda
En mí pasó á ser el vicio,
Que me arrastra al precipicio
Con urjente mano firme;
Y de ella por desasirme
Fuerzas y afan desperdicio.

Así en pegajosa liga
Avecilla incauta presa,
De forcejar nunca cesa
Sin que su intento consiga,
Pero á mayor mal se obliga,
Que, aunque sus fuerzas consuma,
Aquella misma ansia suma
Va mas y mas cada vez

En la tenaz blanda pez
Pegándole planta y pluma.

¿Qué disculpa, oh mi Señor,
Ante ti daré confuso?
Embotó ya largo abuso
Mis sentidos sin vigor,
Y tedio solo y dolor
Hallo en el carnal placer;
Mas del hábito el poder
Es tan absoluto y fiero,
Que tentaciones no espero
Tus leyes para romper.

Como el que, sin que se harte,
Con ansia y sed insensata
Bebe el agua que le mata,
No cesé yo de agraviarte:
De tus preceptos ¿qué parte,
Oh mi Dios, no quebranté?
¿Qué delito en mí no fué
Oríjen de otro delito?
Favor es tuyo infinito
Que áun no perdiese la fé.

En tan aflictivo estado

Nada puedo por mí mismo:
Sácame tú de este abismo
De miseria y de pecado,
Donde, si desamparado
De ti soi, mas y mas me hundo:
No me mires iracundo,
Apiádete el hado acerbo
De este miserable siervo
De carne, demonio y mundo.

1860.

LA ORACION

Ya suena de la santa Avemaría
La solemne campana, que el ocaso
Parece que llorando está del dia [1]:

Como de encanto súbito por caso,
Sucede hondo silencio de repente
Al urbano bullicio; el presto paso

1. Dante.

Detiene al son la pasajera gente,
Que con rápida mano la cabeza
A los cielos descubre reverente,

Y la salutacion gloriosa reza
Con que el arcángel anunció á María
Que, sin perder su virginal pureza,

En sus entrañas Dios encarnaria;
Y Lima toda, á lo mundano agena,
En santo pensamiento se une pia.

Mas rápida cambiar se ve la escena,
Cuando cesan las santas campanadas;
Y ya de nuevo donde quiera suena

El rumor de coloquios y pisadas.

A LA VIRGEN

EN NOMBRE DE UNA MADRE.

¿ Por qué de mí no te apiadas,
Tú, cuyo inocente pecho,
A humanos dolores hecho,
Traspasan las siete espadas?

Madre, por quien visto fué
Tu hijo, de tus ojos luz,
Morir en infame cruz
De la que estabas al pié.

Ese dolor tan tremendo
Que pasaste entónces, hoi
Contémplame cuál estoi
Asímismo padeciendo.

De tu hijo divino y pio,
Que, hombre, padeció tambien,
La vida y salud obten
Que devuelva al hijo mio.

Mas, si es decreto de Dios
Que mi hijo adorado muera,
De Muerte la espada fiera
Juntos nos hiera á los dos.

VANITAS VANITATUM

En un tiempo envidié la suerte agena,
Juzgándome yo solo desdichado;
Mas sé ya que cada hombre, cual yo, pena,
Siervos todos del mismo crüel hado;
Arrastra cada cual de la cadena,
Que envuelve y aprisiona lo creado
Un eslabon; y por diversos modos,
Mas en un grado igual, padecen todos.

¿Quién conoció jamas un venturoso?
Es máscara la dicha solamente;
El rostro mas sereno y mas radioso
Esconde negra pena, y dicha miente,

Como tal vez al rico fruto hermoso
Que á gustarlo provoca el labio ardiente,
Con puro olor y con color lozano,
Le roe el corazon negro gusano.

¡ Cuántos felices reputé primero,
Por gloria, por riquezas y boato,
Cuyo tedio profundo y dolor fiero
Me descubrió despues estrecho trato!
Oye, oh mortal, mi verso verdadero,
Ni agena suerte envidies insensato,
Que por diverso modo desgraciado
Fueras quizá, mas en el mismo grado.

Si no mintiera el rostro, ó fuera el hombre
De transparente cuerpo cristalino,
Se viera que es la dicha un vano nombre,
Y que buscarla en tierra es desatino;
Ya no habrá desventura que me asombre,
Y á la coyunda del comun destino
Mi frente doblo, y de anhelar sin seso
Ventura terrenal por siempre ceso.

Oh Salomon, Jehová con larga mano
Te dió infusa sin par sabiduría,
Riqueza, amor, poder, cuanto el humano

Deseo en fin imajinar podria;
Mas de que tanto don á dar es vano
La ventura, la paz y la alegría,
Con tu tan triste voz me persüades:
Es todo vanidad de vanidades.

Si oro me das, y gloria y poderío,
Si dueño me haces de la tierra vasta,
Se quedará mi corazon vacío,
Que cuanto alcanza, sin llenarse, gasta;
Al ardiente infinito anhelo mio
Dios infinito es quien tan solo basta:
¿Cuándo podré sin tasa contemplarte?
¿Cuándo será, oh mi Dios, que de ti me harte?

A DIOS

Tal vez á celebrarte
Me arrastra ardiente irresistible afecto:
Mas, vanos númen y arte,

Remeda mi imperfecto
Canto el zumbido de volante insecto.

En corto labio humano
Mal el loor de tus grandezas cabe;
En Sion y á ti cercano,
El serafin te alabe;
Mas ni él loarte dignamente sabe.

Loores y armonias
Dignas de ti no tiene lo creado;
Solo de ti podrias
En suficiente grado,
Pues en él te conoces, ser loado.

Mas de tu criatura,
Que vislumbres de ti tan solo alcanza,
Y de tu lumbre pura
Vive en tal lontananza,
Sea humilde silencio la alabanza.

A SANTA ROSA

ESCRITO EN NOMBRE DE UNA DAMA DESAMADA
POR SU ESPOSO.

Mas que las flores de tu nombre hermosa
Tu patria Lima te admiró, y tu mano
Mil galanes y mil con afan vano
Ansiaron merecer, divina Rosa;

Pues tú, con luz del cielo, desdeñosa
Del tan breve mudable amor humano,
Ansiando el inmortal desde temprano,
Quisiste de Dios solo ser esposa.

¡Oh tú dichosa que escojiste esposo
Cuyo divino amor jamas se enfria!
Ruega de esta infeliz por el reposo;

Que amada de mi esposo me ví un dia,
Y hoi por otra me deja veleidoso,
Y yo áun le amo con ciega idolatría.

A DIOS

Con motivo de las tan frecuentes muertes de Peruanos acaecidas en estos últimos tiempos en Paris.

Templa, Señor, tu rigorosa saña,
Y á nosótros los ojos ya convierte
De tu dulce piedad; mira á la Muerte
Embotar en nosotros su guadaña.

Nuevo sepulcro cada aurora baña
El llanto nuestro y sin cesar se vierte;
Ve á la peruana esposa[1], al joven fuerte[2]
Morir, y á la viuda[3] en tierra estraña.

Morir en apartado suelo ageno,
Desventura mayor que otra ninguna,
Escusa á los que viven: oh Dios bueno,

Tu piedad á los nuestros nos reuna,
Y nos dé tumba en su materno seno
La misma tierra que nos dió la cuna.

Paris, 1862.

1. La Señora Doña Amalia Lafuente de Barrenechea.
2. Don Miguel Echerri, Don Alejandro Maruri de la Cuba, Don Adolfo Walhen y Don Emeterio Cabello.
3. La Señora Doña María Vivero de Miramon.

LA TRANSFIGURACION

Ya la gloriosa cumbre del Tabor
Atras dejaron los divinos piés;
Nieve la veste, un astro la faz es
Que del sol avergüenza el resplandor.

Así, del alto cielo oh morador,
A la diestra del Padre arder le ves;
Y los aires Elias y Moises
Huellan á un lado y otro del Señor;

Miéntras yacen por tierra, en ademan
De asombro, de pavor y adoracion,
Pedro, Santiago y el amado Juan.

¡Cuándo, oh Señor, en la celeste Sion
Sin velo así mis ojos te verán,
Si de verte mis ojos dignos son!

FELIX CULPA!

¡Con qué orgullo tan santo y cuál placer,
Cumplido ya nuestro terrestre afan,
Nuestros ojos á Dios contemplarán
Vestido del humano parecer,

Donde ven ángel y hombre al Sumo Ser
No ser ángel y ser hijo de Adan,
Donde tronos y arcángeles están
Humildes acatando á una mujer!

Levanta, estirpe humana, la cerviz,
Y, olvidando tu mal por mayor bien,
Alégrate de culpa tan feliz,

Que hizo á Dios hombre, y el empíreo en quien
Hija es tuya la excelsa emperatriz,
Te ha abierto en cambio del perdido Eden.

A JESUCRISTO

¿A quién acudiré, cuando estoi triste,
En busca de remedio y de consuelo,
Sino á ti, que comprendes nuestro duelo,
Del que experiencia tan crüel hiciste,

Cuando la mortal carne que nos viste
Te vió vestir el asombrado suelo,
Y las miserias que al humano velo
Unidas van, todas tomar quisiste?

Me espanta de tu Padre soberano
La majestad tremenda; mas contigo,
Que te muestras tan dulce y tan humano,

Me es dado hablar cual con estrecho amigo,
O cual pudiera hermano con hermano,
Y mis dolores todos á ti digo.

AL MISMO

Dolor tan fiero á compasion te mueva,
Y de él me libre tu potente mano,
Ya que jamas á ti suben en vano
Quejas y preces de los hijos de Eva.

Nuestros dolores tú por larga prueba,
Desde que aquí te hiciste nuestro hermano,
Todos conoces, y del pecho humano
Congoja alguna es á tu pecho nueva.

Tristeza, soledad, traidor amigo,
Calumnia, escarnio, envidia padeciste:
Males que hoi su rigor prueban conmigo;

Y, aunque de la cruz tuya tanto díste,
Mi cruz llevar mas tiempo no consigo,
Si tu divina gracia no me asiste.

✠

Ya en el postrero universal jüicio
Del Juez supremo á la presencia me hallo,
Y aguardo el justo inapelable fallo
Que eterno espera á la virtud y al vicio.

Mas ¡ ai ! ¿ adverso me será ó propicio?
¿ De Cristo ó de Satan seré vasallo?
En duda tan crüel temblando callo,
Mas digno que de premio de suplicio.

Señor, cuando estuviere ya presente
El juicio á que hoi asisto, venidero,
Con el temor del alma y con la mente,

No te muestres conmigo tan severo,
Recuerda que por mí, Jesus clemente,
Te dignaste morir en el madero.

LA VIRGEN MARIA

¿Qué digna lengua la alabanza entona
De la que, siendo madre, fué doncella?
La adora el ángel, y se mira en ella
Cada divina liberal Persona.

Es diamante sin par de su corona
Cada mas pura rutilante estrella;
Luna y sol su triunfante planta huella,
Y es el arco Iris su listada zona.

Alégrate y espera, estirpe humana:
Que Esta, del cielo reina poderosa,
De los nobles querubes soberana,

Esta, madre de Dios, de Dios esposa,
No ángel, nació mujer y nuestra hermana,
Y en rogar por nosotros no reposa.

A LA VIRGEN

Vírgen, ¿por qué, cuando el divino infante
A la tuya su faz junta risueño,
O goza entre tus brazos blando sueño,
Cubre grave tristeza tu semblante?

¡Ai! que ya de tu mente está delante
De sus verdugos el airado ceño,
Y ya pendiente del infame leño
Le ve morir tu corazon amante,

Y esconderle ves ya en la tumba fria;
Que á tus placeres todos mezcla duelo
De Simeon la triste profecía;

Mas mirarle te dé justo consuelo
Resucitar en el tercero dia,
Y en gloria excelsa remontarse al cielo.

ALGUNAS OTRAS

POESIAS

A MI MADRE

Cuando empieza el mundo
A gozar quietud;
En aquellas horas
En que incierta luz
Viste mar y tierra
Aire y cielo azul,
Y no es ya de dia
Ni es de noche aún;
Yo, triste viajero
Que de Norte á Sur
Y de Oriente á Ocaso
Lleva su inquietud,
Como el que á andar siempre
Condenó Jesus,
Que solo me veo,
Solo con mi cruz,
Sin ningun consuelo
Ni amigo ningun,
Entónces recuerdo

Mi patrio Perú,
Hermanos, parientes,
Leda juventud
Amiga, y aquellos
Que ya la segur
Hirió de la fiera
Contraria comun;
Pero mi mas tierna
Memoria eres tú,
Madre idolatrada,
De mis ojos luz;
Y soi de tu vida
Venturoso augur,
Y cantos te envia
Mi amante laud;
¡ Llevarte este quiera
Afable querub
Al limeño suelo
Desde el andaluz !

Granada, 1860.

A LA MUERTE

DE

DON PIO DE TRISTAN

Padre segundo de mi madre y mio,
Que la cumbre ocupaste del Estado,
Luego á lo eterno y santo consagrado,
Viviste de la tierra en el desvio :

Tu fin, temprano al mundo, á ti tardío,
Lamenta el pobre á quien contigo el hado
Quitó amparo y sustento y padre amado,
¡ Oh en la virtud como en el nombre Pio !

Tu familia á quien fuiste muro fuerte,
Y que eterna anhelara tu existencia,
Su gozo en llanto perennal convierte;

Y á mayor duelo el hado me sentencia,
Pues dos años y dos tu acerba muerte
Para mí solo adelantó la ausencia.

1859.

A MI TIO EL BARON

DON AUGUSTO DE ALTHAUS

No espresa mi placer lenguaje humano :
Al fin antiguo anhelo he satisfecho;
Y entre mis brazos vuestro cuello estrecho,
De mi padre difunto único hermano.

Pero de tanto júbilo á un insano
Dolor pasa de súbito mi pecho,
Y, en encendidas lágrimas deshecho,
Pienso en mi padre, y le apellido en vano.

Pienso que, como á vos en este instante,
Nunca abrazarle á su hijo dió la suerte
Ni conocer su voz y su semblante;

Pienso que, como vos, anciano fuerte,
Para consuelo de su prole amante,
Burlar pudiera aún la avara muerte.

1861.

A LA SEÑORITA

DOÑA JUANA Y.....

Adios, dulce amiga mia,
Mas que mi amiga mi hermana,
Que, aunque hace aún breve tiempo
Que logré la dicha rara
De conocerte, me debes
Tal cariño, amistad tanta,
Como si te conociera
Desde mi primer infancia;
Si bien el cielo sus dones
Te concedió tan sin tasa,
Dándoles que en ti brillasen
Con tan viva lumbre clara;
Y en tan alto estremo te hizo
Afable, modesta, casta,
De tan süave prudencia
Y agudo ingenio adornada,
Que para adorarte siempre
Verte una vez sola basta :
Omitiendo el verso mio
Tu beldad, aunque extremada,

Pues parece que le sobra
El ser bella á la que gracias
En sí atesora, que en vano,
Por ser tales y ser tantas,
Quiere sumar el guarismo
Ni ponderar la alabanza.

Adios, Juana; acaso nunca
Vuelva yo á tu bella España;
Tal vez nunca en esta vida,
La crüel fortuna avara
Me dará que á verte torne;
Triste suerte del que viaja.
Mas cierta está que tu imájen,
Entre las mas gratas grata,
Vivirá en mí, vencedora
Del tiempo y de la distancia;
Y cuando mi planta errante
Halle reposo en mi patria,
Con mi idolatrada madre,
Y mis hermanos y hermana,
De ti hablaré muchas veces,
De ti, y de tu madre cara,
Que el postrer eterno sueño
Duerme ya en la tumba helada.
Y les diré que mil veces

Con vosotras largas pláticas
Tuve de ellos y que siempre
Por ellos me preguntábais,
Que largamente la historia
De mi familia os contaba,
Y que tal vez de mi madre
Me oísteis las tiernas cartas,
En bello piadoso llanto
Las pupilas arrasadas.

¡Cuánto tengo de acordarme
De vosotras! ¡Cuántas, cuántas
Veces, al sentir los tiros
De la fortuna contraria,
Los desengaños del mundo
Y de la envidia la saña,
A lo pasado volviendo
Las anhelosas miradas,
En busca de algun consuelo
A mi presente desgracia,
Habré de acordarme que hubo
Dos nobles piadosas damas
Que con el triste extrangero
Fueron benéficas hadas,
Que, indulgentes con mi extraño
Genio y condicion extraña,

Cual madre y hermana pueden,
Disimulaban mis faltas;
A quienes mis tristes quejas
Debieron preciosa lástima;
Y que, si entónces me vieran,
De mis penas apiadadas,
Como en un tiempo solian,
Afables me consolaran. —
Una digo, que la otra
Es presa ya de la Parca.

Mas perdona, dulce amiga,
Si renuevan mis palabras
En tu tierno filial pecho
La triste memoria amarga
De tu antigua compañera,
De tu madre idolatrada,
Que te dejó con su ausencia
En el mundo solitaria:
¡Cuánto has de llorar sensible
A madre tan buena y santa
Tú que desde que naciste
Nunca de ella te apartaras,
Que nunca con dulce esposo
Quisiste, aunque codiciada,
Partir el inmenso afecto

Que en ella sola cifrabas;
Que, léjos del mundo vano
Y de sus fiestas y galas,
Otra fiesta no tenias
Que estar con tu madre cara,
Para quien ella era todo
Y sin ella todo nada;
Si yo que la traté apénas
Al par de hijo llegué á amarla!
Era tu madre tan buena,
Tan simpática y tan blanda
Y desde la vez primera
Prendas mostraba tan altas,
Que era forzoso que en dias
El cariño conquistara
Y amistad inolvidable
Que otras en años se captan.

¡Cuál me quedé, cuando supe
De su muerte inesperada
La noticia que me dieron
Cuando con lijera planta,
De abrazaros impaciente,
Me acercaba á vuestra estancia!
¡Qué ageno mi pensamiento
Del fatal suceso estaba!

¡ Qué alegre dia y dichoso
En la sociedad de entrambas
A mi amistad prometia
La lisongera esperanza !
Pero le pasé ¡ cuán triste !
De ti sola en la compaña
¡ Cuánto te hallaron mis ojos
En breve tiempo cambiada !
Avivóse á mi presencia
De tu dolor la honda llaga,
Y fueron nuestros saludos
Ayes, gemidos y lágrimas.
¡ Cómo tus dolientes quejas
Me traspasaban el alma !
¡ Qué suspiros te salian
Del hondo de las entrañas !
De consuelo y sufrimiento
Voces mi labio no hallaba,
Que no pareciesen todas
En tan grande duelo vanas.

Y cuando, variar queriendo
Nuestra tristísima plática,
A hablarte empezé del viaje
Que he de hacer presto á mi patria,
Y te encarecí lo recio

Que el paso de la mar vasta
El pensamiento le pinta
A mi enferma salud flaca,
Aunque término dichoso
Sean del Perú las playas,
Llorosa me respondiste
Con voz así apresurada :
« ¡ Ojalá yo hacer pudiera
« Otro largo viaje, para
« Volver á ver en la tierra
« Viva á mi madre adorada !
« ¡ Pluguiera á Dios, aunque fuese
« Doble, triple la distancia :
« Aunque fuese al fin del mundo,
« Aunque sola, á pié, descalza,
« Enferma y mendiga hubiera
« De hacer la larga jornada,
« Y cuantos fieros trabajos
« Puede sufrir la constancia
« Fuerza padecer me fuese,
« Con tal que á ver la tornara ! »
Y cuantos asuntos iba
Cambiando piadosa maña
En tu querida difunta
Todos así remataban;
Como en sabia sinfonía,

Una juntamente y varia,
Donde en el tema que reina
Con insensible mudanza
Todos los nuevos concentos
Se convierten y rematan;
O como en aquellas tristes
Canciones en donde cada
Estrofa, es fuerza que acabe
Con unas mismas palabras.

Ni fue ménos triste dia
El que contigo pasara,
Cuando me brindó tu mesa
Tu suave cortés instancia:
¡Ah! ¡qué fiesta tan alegre
La amistad y la confianza
Hubieran tenido entónces,
Si ella nos acompañara!
Como allá en Madrid un dia
En nuestra comun morada,
Do para su amada Cádiz
Me convidó veces hartas.
¡Ah! ¡qué placenteras tardes!
¡Qué placenteras mañanas!
¡Ah! ¡qué pláticas sabrosas
Sin término prolongadas!

En espléndido banquete
De vosotras se trocaba
Con la dulce compañia
Nuestra tosca mesa parca

Tú de tu madre quisiste
Cumplirme el convite, Juana;
Pero mas valido hubiera
Que tal convite excusaras.
Pues ¿cómo, díme, pudimos
Tener de manjares gana,
Cuando crüeles recuerdos
El pecho nos lastimaban,
Viendo el asiento vacío
De nuestra cara Doña Ana?
Pudo nuestro labio apénas
Balbucir voces escasas,
Pues el dolor nos ponia
Un dogal en la garganta;
Y, vanos nuestros esfuerzos
Para gustarlas, intactas
Quitó la aflijida sierva
Cuantas esquisitas viandas
Fueron por tus manos mismas
Con esmero preparadas;
Y nos levantamos hartos

Solo de tristeza y lágrimas.

¡ Ah ! si consuelo en el mundo
Hai para pena tamaña,
Dilatártele no quiera
La clemencia soberana !
Yo se lo pido; ó al ménos
Suave y lentamente vaya
El tiempo desenconando
Tan viva profunda llaga;
Torne á florecer un dia
El abril de tu esperanza;
Déte el Señor el esposo
Que tú mereces; y en larga
Vida apacible y tranquila,
De venturas rodëada,
Tan querida esposa y madre
Sé, como fuiste hija cara.

Mi dulce esperanza es esta;
Estas mis mas vivas ansias;
Y que de mí algunas veces
Te acuerdes, y tus plegarias
Al cielo devota eleves
Para que de mi desgracia
El fiero rigor se temple,

Y halle al fin salud y calma;
Mas, si te llegó la nueva
De que fallecí en temprana
Edad, á manos de antigua
Honda enfermedad extraña,
Que mi juventud florida
En odiosa vejez cambia,
De Clemente á la memoria
Piadoso llanto derrama,
Y de tu difunto amigo,
Que consolado lo aguarda,
Cuando por tu madre rezes,
Reza, Juana, por el alma,

1859.

A ELENA

Dulcísima vírgen, eres
Bella entre cuantas mujeres
De rara hermosura vi;
Ni en el bajo suelo hai cosas
Dignas, por puras y hermosas,

De que las compare á ti.

¿Hai, entre los mil serenos
Altos ojos con que vénos
El nocturno ancho zafir,
Dos que con los tuyos, bellos
Y claros cual solos ellos,
Se atrevan á competir?

Mas blanca eres que la luna,
Y no es dado en flor ninguna
Tan fresca púrpura ver,
Que de tu lozana cara,
Que la Salud envidiara,
No la venza el rosicler.

Si sonrie tu bermeja
Boca, que engañada abeja
Por flor pudiera picar,
Enseñas entre corales
Perlas mas blancas é iguales
Que las de hermoso collar.

El ave, amante de Leda,
Es bien que la gloria ceda
De su cuello y el loor,

A tu alto flexible cuello,
Y excede de tu cabello
A tu estatura el largor.

De frente en igual decoro
No parte y destrenza el oro
Marfil dentado ó carei;
Ni tal ser pudo el cabello
Del tan vano cuanto bello
Hijo del profeta rei.

No á Vénus formas envidias,
Ni las ideó tales Fidias,
Ni tanto el gran Rafael
Voló con su ingenio y arte,
Que presuman igualarte
Las hijas de su pincel.

La tierra toca tan blando
Tu breve pié, cual si hollando
Frájil piso de cristal
Con timidez estuvieras,
O como si á volar fueras
A tu patria celestial.

Tál, ántes de darse al vuelo,

Por sobre el herboso suelo
Andando un pájaro va
Con tan airosa manera,
Que á cada instante se espera
Verle que se encumbre ya.

Si de beldad tan subida
Es tu cuerpo, en él se anida
Hermosura superior,
Una alma tan noble y pura,
Que recrearse en su hechura
Debió el divino Hacedor.

Cada don rico acompañas,
(Pues por tus pias entrañas
De pobres caudal comun
Es el paterno tesoro)
Con voz de consuelo ó lloro
Mas que el don gratos aún.

Luce en tí tan manifiesto
Tu virtuoso ánimo honesto,
Que el mismo impío Don Juan
Al verte dijera : « es esa
Del todo imposible empresa
Al mas largo vivo afan. »

Procura en vano tu anhelo
De modestia con el velo
Tu claro ingenio ocultar,
Que en cada breve respuesta
Patente se manifiesta,
De tu humildad á pesar.

Si á loarte álguien comienza,
Tu faz modesta vergüenza
Tiñe en mas vivo carmin,
Y, bajando la mirada,
Muda ruegas y turbada
De tus loores el fin.

Cuando bordas, sobrepuja
A diestro pincel tu aguja,
Y en su tarea menor
Representas á Minerva,
Cuando de la gente sierva
Presides á la labor.

Tus músicas y canciones
Aquietan de las pasiones
El tumulto y fiera lid,
Como de Saul la ira,
Envidia y furias, la lira

Y los cantos de David.

Nada dices, no haces cosa
Que no te muestre graciosa,
Y tenga secreto iman;
La Gracia misma te enseña
Hasta la accion mas pequeña
Y descuidado ademan.

No hai matrona que no quiera
Y solicite tal nuera,
Ni tierno noble garzon
Que su esperanza y empeño
No funde todo en ser dueño
De tu mano y corazon.

Por ti el extranjero olvida
Su dulce patria querida,
Y alarga su estancia aquí;
Y en vano de allá le llama,
O madre, ó amante dama
Que echó en olvido por ti.

El vulgo, al mirarte ledo,
Te muestra con presto dedo,
Y va de tu huella en pos;

Por crear mujer tan rara
Digna de acatarse en ara,
Loando todos á Dios.

Cuando feliz te contemplo
En baile, teatro, ó templo,
O tal vez, al pasar yo,
A tus balcones pareces,
Exclamo: «¡Feliz mil veces
El padre que ser te dió!

Y la que en su noble seno
Te llevó hasta el mes noveno
¡Feliz cien veces y cien!
Y ¡felices tus hermanos
Y cuantos te están cercanos,
Y siempre te oyen y ven!

Y tus amigos y amigas
Y aquellos á quienes digas,
Adios, al pasar, siquier!
Y ¡mas que todos dichoso
Quien ser el amado esposo
Alcanze de tal mujer!»

1857.

A ELENA

¡Cuán vivamente anhelo
Contigo hallarme á solas sin testigo
Y mi amante desvelo
Decirte! mas ¡ ai cielos! si consigo
Quedarme solo faz á faz contigo,

De turbacion cubierto,
Mi garganta embaraza helado nudo,
Quiero hablar y no acierto,
O hablo con balbuciente labio rudo,
Que nunca entera frase acabar pudo.

Empaña negra nube
Mis ojos, con tu luz deslumbradora;
Súbito á mi faz sube
Ora el rubor tumultüoso, y ora
Amarillez de muerte la colora,

Tiemblo como del cierzo
Tiembla en la móvil rama débil hoja
Al poderoso esfuerzo ;
Me oprime el corazon fiera congoja,
Y en helado sudor mi cuerpo moja.

A compasion mi estado
Te ha de mover ó á risa, y me desvío
Confuso de tu lado
A lentos pasos tardos, mi hado impio
Lamentando, y el poco valor mio.

Di, ¿qué virtud divina,
Qué misterioso hechizo te acompaña,
Que así tan repentina
Honda transformacion y tan estraña
Todo mi ser en tu presencia daña?

De mi amoroso fuego
Por señales no equívocas testigo,
Si con la voz lo niego,
Búrlase cariñoso algun amigo
Porque nunca cobarde te lo digo.

Cual suele, lo murmura
Hasta la extraña ya curiosa gente;

Mi amorosa locura
A todos es por fin clara y patente;
Tú, su causa, la ignoras solamente.

O si lo sabes, muestra
Tu indiferente rostro que lo ignoras:
¿No sintió ayer tu diestra
Mis manos á su tacto tembladoras?
¿No habla de amor mi faz á todas horas?

En su idioma mis ojos
Harto mi ansia te hicieron manifiesta,
Mas temo tus enojos,
Y mi lengua encadeno, á hablar ya presta,
Que adversa ó tibia aguardo la respuesta.

Y en vano tambien uso,
Alentado tal vez, sutil rodeo,
Y aun mas quedo confuso,
Pues de que me entendieras nunca veo
Las muestras en tu rostro que deseo.

Y tal vez, mas en vano
Siempre, en algun florido ramillete,
Escribiera mi mano

Amoroso simbólico billete,
Por que tu claro ingenio lo interprete

No pretendas pues que hable
Sino con lengua de amoríos muda
De mi amor entrañable,
Y, pues á par que hermosa eres aguda,
Presto tu ingenio á mi temor acuda.

1859.

SAFO A FAON

En amor convirtieras el desvío,
Si acertara á pintarte
Del inmenso amor mio,
Bellísimo Faon, pequeña parte!
¡Enseñárame Febo
Modo de canto nuevo,
Mui mas eficaz arte,
Para espresar pasion tan nueva y rara

Que con pasion ninguna se compara,
Y las penas tan bárbaras y atroces
Que á mi ternura cuesta
Ver con cuánto desden la desconoces!
Para amor tanto y pena tan molesta
Fáltanme las imájenes y voces,
Y es helado y escaso
Aun el celeste idioma del Parnaso.
¡ Por qué no sale el fuego
Del furibundo ciego
Desesperado amor con que te adoro
Envuelto en mis palabras,
Por que tu alma al amor ó piedad abras!
¡ No en licor negro, en encendido lloro
O de mi corazon en tinta roja,
Menester fuera humedecer la pluma,
Para decirte la sin par congoja
Que por tu causa sin cesar me abruma,
Violento usurpador de mi albedrio
Que, apénas te miré, ya no fué mio,
Quedando de improviso en tanto grado
La voluntad de tu belleza sierva,
Cual si me hubieras pérfido hechizado
Con el veneno de amorosa yerba!

Y ¡ si con la voz viva yo siquiera

Significarte tal pasion pudiera,
Y tan prolijas penas!
Mas llego apénas á tu dulce lado,
Los ojos alzo por mirarte apénas,
(Bien los tuyos lo saben, despiadado)
Cuando la voz me falta y el aliento,
Al paladar mi lengua se encadena,
Y se entorpece tardo el pensamiento.
Cunde llama sutil de vena en vena;
Desampara la sangre mi mejilla
Y al corazon agólpase que el pecho
Rasgar ya quiere, á su latir estrecho;
Negra nube á mis ojos amancilla
El puro sol; mi oido
Llena sordo zumbido;
Un helado sudor toda me inunda;
Me da apénas sosten mi endeble planta,
Y difunta semejo ó moribunda:
Y es fuerza así que tanta
Furia de amor remita,
Aunque tan muerta, á la palabra escrita.
Y ¡ ojalá que tu mano no se afrente
De abrir, oh mi Faon, el triste pliego
De la que siempre te causara enojos,
Ni de leerlo afréntense tus ojos,
Si leer á tus ojos lo consiente

El piélago de llanto en que lo aniego!

Como al sol nieve, como al fuego cera,
Del amor á las llamas me consumo,
Sin que de cuerpo ni alma se preserve
Mínima parte de la horrible hoguera
Que, aunque siempre su ardor pareció sumo,
Mas y mas cada vez furente hierve.
No es amor, es la misma Citerea,
Que ya de toda mí se enseñorea,
Y que Citeres deja, Gnido y Pafo
Por el ardiente corazon de Safo;
No en fuego tan activo y tan funesto
Como este en que yo espiro
Ardió la triste Mirra que á Ciniro
Que á otra creyó gozar, en torpe incesto
Gozó de miedo llena y justo espanto,
Y áun hoi, trocada en árbol, atestigua
Su desventura antigua
E infausto amor con oloroso llanto;
No amaba tanto Fedra al desdeñoso
Casto hijo de su esposo,
Ni la maga de Cólcos al perjuro
Robador del dorado vellocino,
Ni Eco al garzon divino,
De su propio traslado,

Que vió del agua en el espejo puro,
Por celestial castigo enamorado :
Ni con mi ciego loco desatino
Parangonar es dado
Exceso alguno de amorosa llama
De que se acuerda con horror la fama...
Y esa que á mí prefieres ninfa bella
¿Piensas que amarte sabe? el amor de ella
Junto al amor de Safo es sombra vana,
Apariencia, ilusion, juego, mentira....
Mas, si á pintarte aspira
En vano el labio mi pasion insana,
¿Cómo pintar podré mis zelos é ira,
Al mirarte en los brazos de otro dueño?
Cuando de noche en solo lecho y frio,
De donde vive desterrado el sueño
Y que humedece de mi llanto el rio,
Revolviéndome inquieta á todos lados
En los ásperos linos, las almohadas
Teniendo entre mis brazos enlazadas,
Cual no puedo tus miembros adorados,
Espantosa memoria de repente
Viene á asaltar mi mente
De que en el punto mismo en que me abraso
Con solitario amor no satisfecho,
Y en que mil ansias imposibles paso,

Unificados en abrazo estrecho
Os sustenta dichoso blando lecho,
Y que ótra goza lo que yo no gozo,
Las negras furias todas del Cocito
Apoderarse siento de mi pecho
Y dél hacer fierísimo destrozo;
Contra las duras gélidas paredes
A las que contra mí en rigor excedes,
Alzando ronco dilatado grito,
Mi frente miserable precipito;
Meso mi cabellera; de mis brazos
Las tristes inocentes carnes muerdo :
Toda sin compasion me hago pedazos,
Y con blasfemias ásperas irrito
A los Dioses, perdido todo acuerdo;
No, no hai en Orco mísero precito
Cuyo tormento compararse pueda
Con el que apurar me hace tal recuerdo:
No aquel á quien dentada aguda rueda
Rompe y asierra el cuerpo palpitante,
Ni el que nunca á beber sediento alcanza
Fresco cristal que ve siempre delante
Y apeteciendo está sin esperanza;
Ni el condenado al perennal trabajo
De subir á alto monte grave roca
Que, siempre que la cumbre casi toca,

Rueda de nuevo rápida hacia abajo;
Ni el otro de cuyo hígado sangriento,
Inmortal alimento
Que sin cesar renace,
Hambriento buitre sin cesar se pace:
Ninguna de estas penas mi alma arredra,
Mayor que todas ellas es la mia,
Y, si trocarlas diéranos la suerte,
Tu sed, Tántalo, alegre admitiria,
Yxion, tu rueda, Sísifo, tu piedra,
Y el buitre que no se harta de roerte
Las entrañas, oh Ticio, noche y dia!
Todos juntos tomara vuestros duelos
Como pena lijera,
Y entre vosotros todos repartiera
El sin igual tormento de mis zelos.

¿Cuál encarecimiento habrá espresivo
De la vida misérrima que vivo?
Siento en la mas secreta
Parte del corazon como escondida
Honda aguda saeta,
O que mano de bronce, dél asida,
Con sus tenaces garras me le aprieta;
Duéleme el alma, duéleme la vida;
Reposo no me da lugar alguno,

El manjar aborrece el labio ayuno,
Y, si á gustarle á veces me violento
Cansada de sufrir ruego importuno,
Me es acíbar y tósigo el sustento;
En perenne vijilia
Consumo de la noche el jiro lento;
Los cuidados y amor de mi familia,
De mis amigas el sincero trato
Donde aduna las almas la confianza,
La placentera danza,
Las femeniles galas y el ornato,
La variada belleza
De la naturaleza,
Y cuanto me halagaba y complacia,
Hoi en el dolor fiero
De no corresponderme á quien yo quiero,
Todo en rostro me da, todo me hastia.
Ni á consolarme parte
Es del divino Homero
La excelsa poesía,
Ni las bellezas májicas del arte;
Mi ingenio mismo entorpecido duerme;
Mas, aunque á su primera
Lozanía volviera,
Ni él pudiera en tal trance alivio serme.

¡Ai! en vano es insigne el nombre mio
Entre los claros nombres
Que celebra y pregona
En áurea trompa por do quier la Fama;
En vano con la délfica corona
Que circunda mis sienes, á los hombres,
De mi sexo honra y luz, envidia causo.
¡Ah! ¿qué me importa la apolínea rama,
Ni qué me importa el animado aplauso
Que rinde toda Grecia
A su gran poetisa,
Si Faon me desprecia
Y los laureles que le ofrezco pisa?
¡Mas me valiera ser hermosa y necia,
Que hospedar alma grande y númen alto
En cuerpo de hermosura y gracias falto!

Oh dichosa rival, por tu hermosura
Que en adorada red tiene cautivo
A mi Faon esquivo,
Safo su dulce lira te daria
Y su creciente gloria perdurable;
Sí, que no aplaca la congoja mia
Imajinar que en tanto
Que haya en el mundo amor y poesía,
Siglos sin fin despues que ya no se hable

La melodiosa lengua en que los canto,
Sonarán en idiomas mil diversos
Mis encendidos amorosos versos,
Y que la tierra atónita y confusa
Al Pindo me alzará, décima Musa.
De la gloria el fulgor no me compensa,
Y no pudiera consolarme nada
De la desdicha inmensa
De no haber sido por Faon amada.
La misma compasion me es importuna;
Si penar era mi hado como peno,
¡Por qué, por qué piadosa la fortuna
No me dió muerte en el materno seno,
O mi tumba tambien no fué mi cuna!

¿Cuándo tu encono contra mí se aplaca,
Citerea crüel? ¿Qué desacato
A tu deidad soberbia jamas hice?
¿Con qué tremendo crímen esta flaca
Mortal de tu rigor merecer pudo
Amor tan grande de mancebo ingrato?
¿Por qué, cuando mi pecho
Cupido traspasó con dardo agudo,
No con el mismo dardo
Hirió el pecho del jóven por quien ardo?
Nunca mi labio las debidas preces

Ni las ofrendas omitió mi mano
Que á tus aras consagra sacro rito...
Mas, ya que mis plegarias escarneces,
Y el castigo me das sin el delito,
Y en mi mal te recreas,
Maléfica deidad, maldita seas!

Bien se declara en mi tormento grave
Que tu bárbaro pecho amar no sabe;
Que, si no, mi dolor te condoliera :
A ti, insensible Diosa,
A ti, que madre le eres,
Jamas cautivó Amor á la manera
Que cautiva y acosa
Á nosotras las débiles mujeres,
Atenta solo, oh celestial ramera,
A tus carnales gustos y placeres.
No de tus negros cíclopes, Vulcano,
A la rápida mano
Y golpear redoblado aumentes prisa :
Deja ya, deja el ígneo Monjibelo;
Tiempo es que mofa y risa
Te avergüenzes de ser á todo el cielo;
Y, pues miras que Jove,
En premio de forjarle el rayo ardiente,
Débil sufre y consiente

Que su hija infame así el honor te robe,
Tiempo es que sin tardanza
Ejecutes tú mismo tu venganza;
Tiempo es que, airado justiciero esposo,
El universo asombres,
Dando de tu consorte horrenda pena
Al torpe adulterar escandaloso
Con que te ofende y burla cada dia,
Con dioses ayuntándose y con hombres,
De cuyos hijos cielo y tierra llena,
Eu turba que seria
A cuenta reducir empeño vano;
Y tú, Cupido, de tan mala madre
Hijo peor aun, fiero verdugo,
Antigua peste del linaje humano
Que airado el cielo sujetó á tu yugo,
De sus miserias todas primer fuente,
Tú á quien tu mismo padre, horrendo Marte
De quien tiembla la tierra,
En lo sangriento y bárbaro y furente
No pudo aventajar, ni aun igualarte,
Siendo sombra la suya de tu guerra,
Sé maldito tambien; siempre á tu oido
La música mas dulce y dulce canto
Fué de odiados amantes el jemido
Y el sollozo y el llanto,

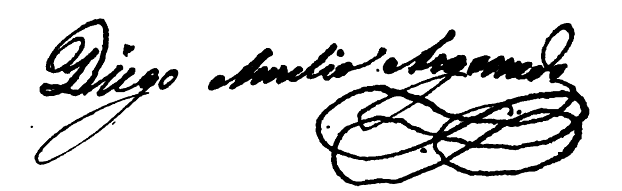
Y el mas grato espectáculo á tus ojos,
Y á tus feroces aras
Las víctimas mas caras,
Los helados despojos
Son, de cuantos con fuerte
Mano armada de hierro ó de veneno
Puerta abren á su espíritu indignado,
O hallan temprana voluntaria muerte
Del ancho mar en el profundo seno.

A trance tal tu crüeldad me lleva;
Pronto, víctima nueva,
Aumentaré tus triunfos, ¡oh Cupido!:
Que el sufrimiento á resistir no alcanza
Dolor tan desmedido;
Y es ya la muerte mi única esperanza;
A mi desesperada furia loca
Ya la peña fatal tienta y provoca
De amantes desamados visitada:
Pronto, pronto será que, de su altura
Con intrépido pié precipitada,
Halle en el oceano sepultura.

Y tú, Faon, cuando te diga alguno:
« Duerme en los negros senos de Neptuno
La triste Safo, por tu amor suicida, »

Merézcate siquiera á la partida
Cortés piadoso llanto
La desgraciada que te quiso tanto.
No te lo vedará tu amante esposa,
Que, si hora me odia viva,
Con Safo que en la tumba ya reposa
Ha de ser generosa y compasiva.

1860.



INDICE.

POESIAS PATRIÓTICAS Y RELIGIOSAS.

ALGUNAS OTRAS POESIAS.

Paris. — Imp. P.-A. Bourdier et Cᵉ, rue Mazarine, 30.

